

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo IX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1973

S U M A R I O

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Páginas

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1972, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
---	---

E S T U D I O S

El plano de Juan Gómez de Mora de la Plaza Mayor de Madrid en 1636, por <i>Antonio Bonet Correa</i>	15
Documentos para la biografía de Juan Gómez de Mora, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	55
La calle de Atocha, por <i>Carmen Rubio Pardos</i>	81
La Ermita y el Cerrillo de San Blas, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	117
Más documentos sobre impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII (continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	127
La Capilla de la Concepción del Colegio Imperial, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i>	173
Enterramiento del cardenal Granvela, en 1586, por <i>Florentino Zamora Lucas</i>	225
Un retablo documentado de Alonso Carbonel en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Getafe, 1612-1618, por <i>María del Pilar Corella Suárez</i>	231
La descripción de «S. Lorenzo el Real de la Victoria» del Escorial por Lorenzo Van der Hamen (1620), por <i>Gregorio de Andrés</i>	251
La Galera o Cárcel de mujeres de Madrid a comienzos del siglo XVIII, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	277
La construcción del Palacio de Liria, por <i>José Manuel Pita Andrade</i>	287
Los Reales Estudios de San Isidro: nuevas noticias, por <i>José Simón Díaz</i>	323
Problemas del transporte madrileño en el siglo XVIII, por <i>Francisco Aguilar Pinal</i>	341
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	357

	Páginas
Vanidad y temor en una actitud de Moratin, por <i>Joaquín de Entrambasaguas</i> ...	387
La Sociedad Económica Matritense y la promoción de la Sociedad Patriótica de Jerez de la Frontera, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	401
Una mujer cirujano en tiempos de Carlos IV: Victoria de Félix, por <i>Paula de Demerson</i>	415
Límites del Barrio de Argüelles. Su evolución, por <i>Maria Eulalia Ruiz Palomeque</i> .	427
Don Francisco Coello en la Sociedad Geográfica de Madrid, por <i>José Gómez Pérez</i> .	437
Mapas y Planos de Madrid y su provincia editados o impresos por el Instituto Geográfico. Cien años de labor cartográfica, por <i>José María Sanz García</i>	449
Notas adicionales acerca de los leones del Palacio de las Cortes, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	499
Vicisitudes políticas de una estatua: el «Carlos V» de León Leoni, por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	503
Un ensayo de formación humana y social en la escuela, por <i>Antonio Aparisi Mocholí</i>	511

MEMORIAS Y RECURSOS

Diario de un estudiante del Instituto de San Isidro (1920-1921), por <i>José Gavira Martín</i> . Advertencia preliminar, edición y notas por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i> .	521
---	-----

SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS ILUSTRES

El actor madrileño don Enrique Chicote, por <i>José Subirá</i>	617
Conversación con Subirá, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	631

SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA

Las calles de Madrid en 1624, por <i>José del Corral</i>	643
---	-----

BIBLIOGRAFIA

Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	691
Bibliografía artística madrileña (1971-1972), por <i>María Luz Rokiski Lázaro</i>	697

LA CONSTRUCCION DEL PALACIO DE LIRIA

Por JOSÉ MANUEL PITA ANDRADE

Al inaugurarse en 1956 el Palacio de Liria reconstruido se celebró un solemne acto en el que pronunciaron unas palabras la Duquesa de Alba y el Sr. Sánchez Cantón¹. La Duquesa evocó entonces una serie de recuerdos que tienen valor para explicar de una manera afectiva la tarea realizada después del incendio ocurrido, a consecuencia de un bombardeo, en noviembre de 1936. El Sr. Sánchez Cantón, entre otras cosas, trazó una semblanza del III Duque de Berwick (a quien se debe el edificio del siglo XVIII) e hizo un apurado estudio del Palacio y de su proceso constructivo.

Entonces no pude hallar sino unos pocos datos procedentes del Archivo Municipal² y unas fichas relativas a las cuentas de la obra, que se guardarían en el perdido archivo administrativo de la Casa de Alba³. Parva contribución era ésta a la rebusca realizada por el Sr. Sánchez Cantón. No pude encontrar en aquella ocasión los documentos más importantes: las cartas del Marqués de San Leonardo informando a su hermano, el III Duque de Berwick, de la marcha de los trabajos⁴. Por eso en el acto de la inauguración se dijo: «La desaparición de aquellas cuentas y de estas cartas abre vacíos irrellenables en

¹ *El Palacio de Liria. Pasado y presente*, por F. J. SÁNCHEZ CANTÓN. *Palabras preliminares*, de la DUQUESA DE ALBA, Madrid, 13 de junio de 1956.

² En el Archivo de Villa tienen la signatura S. 1.-L. 47.-N. 61. Lo más importante de estos documentos se recoge en la *Crónica* que figura en este trabajo (año 1773).

³ Tenían la signatura «Alba, 510-2 a 514», los documentos a que aludían estas fichas. Eran «Relaciones semanales de gastos de las obras hechas en el Palacio» desde 1762 a 1771.

⁴ La existencia de estas cartas se conocía por una breve referencia que figura en la obra del DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA: *El Mariscal de Berwick. Bosquejo biográfico*, Madrid, 1925. En la pág. 484, dentro de una apretada noticia de la vida del Marqués de San Leonardo, dice: «En 1770 comunicaba diariamente a su hermano noticias de las obras en el Palacio de Liria.»

la crónica de la edificación»⁵. Un par de años después, al buscar otros datos que se me habían pedido⁶, apareció todo el epistolario en una de las cajas del archivo del Palacio⁷.

Se extienden estas cartas desde 1764 hasta 1783, dos años antes de fallecer don Jacobo, el III Duque. A lo largo de casi dos decenios, con sólo breves paréntesis, don Pedro Fitz-James Stuart demuestra no padecer un vicio muy español: la pereza para mantener al día la correspondencia. Escribe sin descanso y sin ahorrar minucias al hermano ausente en París de todo cuanto ocurre en la Corte y de cuanto interesa en el ámbito familiar. Sus palabras muestran un amor fraternal desmesurado, tanto que sólo puede explicarse añadiendo buenas dosis de agradecimiento a un afecto muy sincero.

El Marqués de San Leonardo hubo de hacer frente en su vida a la difícil situación que suele corresponder, dentro de las casas nobles, a los segundos. Sin títulos por derecho propio, con exiguo caudal, eligió la carrera de las armas para hacer frente a la vida. En las notas biográficas que publicó sobre él el último Duque de Alba⁸, se nos dice que a los dieciséis años había ingresado como guardiamarina en la Armada, llegando a alcanzar el título de Capitán General. Parece que produjo gran disgusto a su hermano y a la nobleza su boda «antes de 1753, con la viuda del Ministro Campillo, hija mayor del Conde de Castelfranco, creado Duque de San Andrés por el Rey Jacobo en recompensa de servicios, y de Milady Drummond, hija del Duque de Melfort»⁹. Desde 1759 la vida de don Pedro se desarrolla muy cerca de Carlos III, que le nombró en esta fecha Caballerizo. Hay que suponer que por entonces las relaciones entre los hermanos serían ya buenas. El año en que se inicia nuestro epistolario recibe una buena prenda de afecto por parte del Duque: la cesión del título de Marqués de San Leonardo. En una carta del 23 de abril dice: «Desde que se publique [el nombramiento] en el Consejo me empezaré a firmar y a hacer llamar así, y aunque creo se pasarán muchos años hasta desdonpedrarme, repítote muchas gracias por este favor, mediante el cual no llamarán más a mi mujer Madama, cosa que me tenía muy enfadado.»

Este hombre, que muere en 1791, va a tener parte decisiva en las obras del más hermoso palacio particular levantado en Madrid en el siglo XVIII.

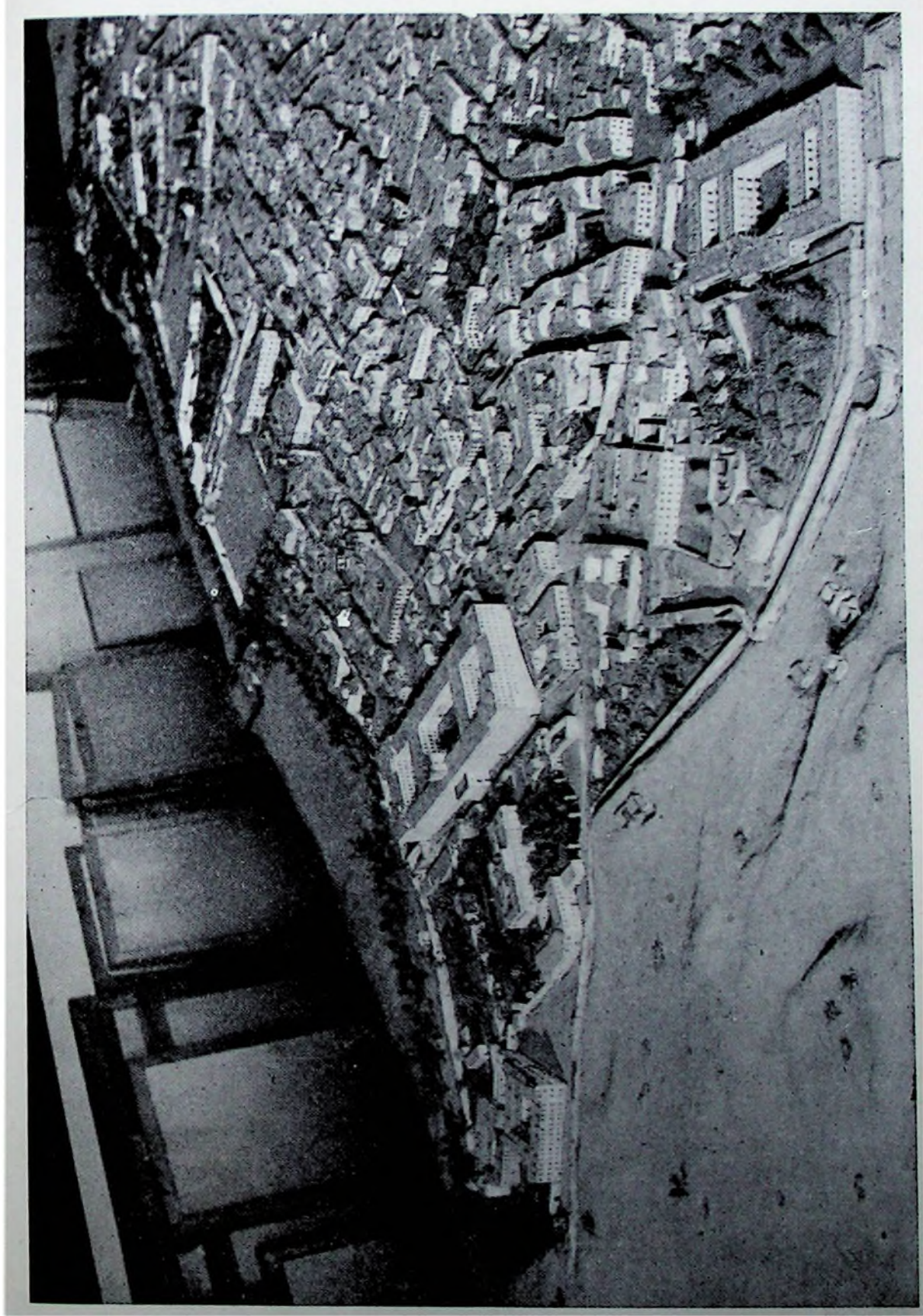
⁵ *Ob. cit.*, pág. 19.

⁶ Por don Gregorio Marañón, sobre los Marqueses de los Vélez, que llevan el apellido Fajardo que corresponde a los primeros Marqueses de San Leonardo.

⁷ Signatura: C. 113.

⁸ Págs. 483-484 de la *ob. cit.* en la nota 4.

⁹ *Ob. cit.*, pág. 484.



El Palacio de Liria, entre el Seminario de Nobles y el Cuartel del Conde Duque. Maqueta de Madrid de 1830. Museo Municipal.



Portada principal del Palacio de Liria en la actualidad.

Y a través de sus cartas nos deja una crónica interesantísima, aunque los hechos se muestren desmenuzados en exceso. La frecuencia de las cartas (suele haber una por semana), la reiteración de las noticias que contienen, los trasacuerdos que se producen, las frases que quedan sin aclarar porque son respuesta a algo dicho por don Jacobo, etc., han hecho difícil la labor de síntesis. Pero quizá por eso mismo conocemos la historia de la construcción del Palacio mucho mejor. La crónica de la obra, azarosísima, resulta ejemplar al sumirnos en ese mundo de pequeños problemas y contratiempos tan frecuentes (casi me atrevería a decir inevitables) en cualquier empresa arquitectónica de cierto empeño.

Este epistolario no acaba de contarnos todo. Nos falta el prólogo y el último capítulo de la historia. Carecemos de noticias sobre una serie de antecedentes y sólo a través de hipótesis puede calcularse el momento en que el Palacio de Liria fue habitado. Felizmente los datos contenidos en las cartas no constituyen la única novedad de este trabajo. Porque gracias a la generosidad de mi amigo don Miguel Molina, Director de la Hemeroteca Municipal, es posible dar a conocer aquí las fotografías de una serie de planos del edificio y de los jardines guardados en la Biblioteca Nacional de París. Los dibujos descubiertos por el Sr. Molina ilustran de un modo magnífico lo que se dice en algunas cartas (láms. III-IX). Por ello es mayor mi gratitud. Pero nos faltan todavía muchos diseños mencionados en la correspondencia; pues consta que a lo largo de la obra se realizaron infinidad de ellos, hechos muchos en España y otros enviados por el Duque desde París. ¿Aparecerán algún día? De ser así quedarían resueltas algunas incógnitas.

Al dar a conocer la historia del edificio se acaban de perfilar algunos aspectos de la personalidad del Duque de Berwick. No puede negarse que don Jacobo Fitz-James Stuart y Colón (Duque de Berwick y de Liria por herencia de su padre, de Veragua por su madre, que por su matrimonio con la hermana del Duque de Alba hizo posible el enlace de los dos grandes linajes y que tuvo además la fortuna de acrecer sus estados con el Condado de Lemos) siguió desde lejos la marcha de las obras.

Nacido en 1718, su brillante carrera militar (recordada en el trabajo del Sr. Sánchez Cantón) le llevó a la categoría de Teniente General a los veintinueve años. Pero su vida se nos esfuma y no acaban de encontrarse razones terminantes para explicar su prolongadísima estancia en Francia, por lo menos durante los diecinueve años que abarca la correspondencia con su hermano. No hemos de extrañarnos que el III Duque fuera criticado en la Corte por tan prolongada ausencia y no hay más remedio que recoger aquí el

decir popular de que la construcción de su Palacio iba con calma porque de esta forma tenía un pretexto para justificar el alejamiento de Madrid. Llevando más lejos este razonamiento cabría preguntarse si el motivo último de tan magno esfuerzo no arrancaría del deseo de vivir unos años fuera de España, los que durase la obra. Porque estas sospechas se refrendan con su propósito de lograr cargos diplomáticos (entiéndase de Embajador) por lo menos en Francia.

Aunque estas sospechas fuesen ciertas es de justicia reconocer que pese a estar lejos don Jacobo vigiló constantemente la marcha de los trabajos, sin apearse nunca de su autoridad y reaccionando en seguida enérgicamente cuando le parecía que se hacían las cosas sin su consentimiento. Muy lento para decidir, se necesitaba toda la sumisa paciencia de su hermano para limar los roces que se producían con frecuencia. Pero gracias a esta manera de ser y a su deseo de que muchas directrices fuesen dadas por arquitectos franceses, el Palacio de Liria debe una buena parte de lo que es al Duque.

Al estudiar su construcción, después de aludir a los antecedentes de la obra, habrá que hacer hincapié en dos grandes etapas: la que aparece caracterizada por la presencia del arquitecto francés Guilbert y la que se desarrolla bajo la dirección de don Ventura Rodríguez. La tarea de ambos se llevó a cabo sin perjuicio de otras intervenciones.

En las páginas que siguen se completan las noticias tanto de orden histórico como artístico, transmitidas por Ponz¹⁰, que fue testigo de la obra (no la menciona hasta la segunda edición de su *Viaje*), por Llaguno¹¹ que dio pie a que se centrara en 1773 la fecha de la obra, por Madoz (en el artículo redactado por Eguren)¹², Francisco Pérez Mateos¹³, Pulido López y Díaz

¹⁰ *Viaje de España*, t. V, segunda impresión, Madrid, 1782, págs. 173-174. La noticia de Ponz merece leerse; describe con puntualidad el exterior del edificio y sus jardines y al decir que «se acaba de reedificar la casa» acierta plenamente.

¹¹ *Noticias de los arquitectos y arquitectura en España desde su restauración*, Madrid, 1829, t. IV, pág. 244. Nótese con qué palabras, poco concretas, fija la fecha del edificio: «Diseñó en 1773 la graciosa cruz trabajada en piedra franca, que se colocó en la plazuela del Angel»... «Reedificó entonces del Palacio del Duque de Liria.»

¹² *Diccionario geográfico*, Sánchez Cantón (*ob. cit.* en la nota 1, pág. 21) recoge lo que se dice aquí por el erudito don José María Eguren en «términos desabridos».

¹³ PÉREZ MATEOS, Francisco (León ROCH): *La villa y Corte de Madrid en 1850. Crónica retrospectiva de hace sesenta y cuatro años*, Madrid, 1927, págs. 331-332. Habla, refiriéndose al siglo XIX, de un teatro que «acaba de ser terminado» en el Palacio. Luego añade: «Mandó construir hacia 1760 un duque de Liria y Jérica...» Habla de la intervención de don Ventura Rodríguez y termina diciendo: acabó «los trabajos (después de morir nuestro arquitecto) uno de sus sobrinos, don Blas Beltrán Rodríguez. Como se verá, estos trabajos tuvieron que ser de muy poca importancia.»

Galdós ¹⁴, Schubert ¹⁵, el Duque de Alba ¹⁶, Lampérez ¹⁷, el Marqués de Lozoya ¹⁸, Sánchez Cantón ¹⁹, quien esto escribe ²⁰ y Kubler ²¹, por no citar otras aportaciones de menor entidad.

Antecedentes

Como hemos advertido ya al hacer la historia de la construcción del Palacio de Liria echamos de menos las noticias que nos permitirían conocer en qué ocasión los terrenos donde se alza el edificio y donde están sus jardines pasaron a pertenecer al Duque de Berwick. Sólo encontramos puntos de apoyo en las declaraciones que constan en la *Planimetría* al describirse las manzanas 544, 545, 546 y 548 ²² y en el documento conservado en el Archivo de Villa mencionado en la nota 2.

¹⁴ PULIDO LÓPEZ, Luis, y DÍAZ GALDÓS, Timoteo: *Biografía de Don Ventura Rodríguez Tizón como arquitecto y restaurador del arte clásico en España*, Madrid, 1898, pág. 73 (lámina frente a la pág. 72). Alude a la intervención de don Ventura no sólo en el edificio, sino en el jardín. En la pág. 138, al dar cuenta de los proyectos conservados en la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional, cita (XXII) «Fachada del Palacio del Duque de Liria» y (XXVII) «Proyecto de un terrado, jardín y picadero para el Palacio del Duque de Liria (1770)». El proyecto de la fachada no corresponde (lám. X) al Palacio de Liria, sino a uno que sería para el Duque de Alba de entonces.

¹⁵ *Geschichte des Barock in Spanien*, Esslingen, 1908. La edición española, de Calleja es de 1924.

¹⁶ *Discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando*, págs. 50-51, Madrid, 1924. El Duque de Alba es el primero que menciona a Guilbert, el desafortunado arquitecto que dirigió las obras hasta 1770. Sorprende que este nombre no se recoja por ninguno de cuantos se ocuparon de Liria, Ponz entre ellos, desde el siglo XVIII. Máxime sabiendo por las cartas del Marqués de San Leonardo que trabajó para otros nobles, como el Duque de Alba.

¹⁷ *Historia de la arquitectura civil española*, Madrid, 1922.

¹⁸ *Historia del arte hispánico*, t. IV, Madrid, 1945, pág. 465.

¹⁹ *Ob. cit.* en la nota 1.

²⁰ PITA ANDRADE, José Manuel: *El Palacio de Liria reconstruido*, «Goya», núm. 12, Madrid, 1956, pág. 369. *El Palacio de Liria*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1959. *Realizaciones artísticas en el Madrid de Carlos III*, págs. 157-180 de la obra *El Madrid de Carlos III*, Ayuntamiento de Madrid, 1961.

²¹ *Arquitectura de los siglos XVII y XVIII*, «Ars Hispaniae», t. XIV, Madrid, Plus Ultra, 1957, pág. 247: Varios proyectos de palacios durante el período 1770-1776 muestran con más claridad a Rodríguez como proyectista académico. Hay entre ellos un proyecto no realizado, de hacia 1773, para el Palacio de Liria (Museo Municipal, núm. 1.066).

²² «Manzana 544.—Plazuela de los Afligidos, calle de las Negras, San Dimas y Amañiel. 1 casa que es el monasterio de San Joaquín..., 'que privilegió sin carga D.^a M.^a Paulina de Chaves en 11 de abril de 1623'... fachada a los Afligidos.»

«Manzana 545.—Calle de las Negras, Afligidos, Arroyo y San Dimas. 1 y 2: Al Exmo. Sr. Duque de Berwick..., que privilegió sin carga D.^a M.^a Paulina de Chaves.

«Manzana 546.—San Joaquín, Mártires de Alcalá, Viña y Arroyo. 1: Al Sr. Don Manuel de Miranda. 2: Al Exmo. Sr. Duque de Berwick.»

«Manzana 548.—Calle de la Viña, Cuartel viejo, Plazuela del Seminario, Puerta de S. Joaquín dando vuelta al campo hasta el Cuartel viejo. 1: Sr. Duque de Berwick. 2: Seminario de Nobles. 3: Marquesa de Alcañizas.»

La declaración de que el Duque «se halla construyendo sus casas principales en las que fueron de don Pedro de Aragón al barrio de los afligidos, entre el cuartel de Reales Guardias de Corps y el Rcal Colegio Seminario de Nobles»²³, permite al menos afirmar algo que se corrobora por las cartas del Marqués de San Leonardo: que el Palacio de Liria se levantó precisamente en una zona que estaba edificada. Hubo que demoler una serie de construcciones que debieron servir de habitación al III Duque de Berwick. Así se explica que Ponz al referirse a la obra emplee el término «reedificar». Pero hay más todavía: la construcción se desarrolló de tal forma que en el palacio nuevo pudieron emplearse materiales de las casas anteriores que no debían de ser demasiado viejas, porque nada autoriza a pensar su presencia en la *Topografía* de Teixeira, que se fecha como es sabido en 1656. Los indicios más interesantes sobre estas construcciones anteriores se encuentran en el plano de Madrid de Chalmandrier (1761), con el cuartel ya construido y las casas que llegaban hasta su tapia precisando la situación del Palacio. El plano de Espinosa de 1769, que aprovecha ya todos los datos que constan en la *Planimetría*, muestra ya con mucha mayor precisión los límites del Palacio, es decir, su planta, con sus características actuales, sobre todo su forma «cuadrilonga» (como se describe desde los tiempos de Ponz); pero están también ciertos añadidos hacia el cuartel como el «casón de las columnas» y la casa inmediata que terminaba en la tapia del mismo. La maqueta de 1830 resulta muy elocuente (lám. I).

Todo esto es cuanto puede servirnos de punto de partida para analizar la primera fase de la construcción caracterizada por la intervención de Guilbert.

La obra de Guilbert

Como carecemos de datos anteriores hemos de empezar a referirnos a las obras del Palacio de Liria cuando están ya en pleno desarrollo. Es decir, cuando tenía que haber una traza de la planta y alzado del edificio debidos a un arquitecto, Guilbert, en quien el Duque de Berwick debió poner al principio toda su confianza. ¿Quién era este hombre? Nos faltan por completo noticias sobre su vida y sobre su formación anterior. Cabe la sospecha de que consiguiera llegar hasta el Duque como persona de grandes conocimientos y que por su condición de extranjero ganase en seguida la confianza de don Jacobo. Lo cierto es que la experiencia demostrará más tarde hasta la saciedad la incapacidad de aquel hombre como constructor. Pero su talento

²³ Doc. cit en la nota 2.

se mostraría en un plano más elevado al proyectar el Palacio. Es indudable que a Guilbert se deben los más importantes rasgos de la planta y aún de la distribución interna, sobre todo en la zona que él llegó a levantar.

El sector del Palacio de Liria comenzado por este arquitecto abarcaba la mitad más próxima al Seminario, es decir, la más cercana a la actual calle de los Mártires de Alcalá. Uno de los diseños con que ilustró una carta suya el Marqués de San Leonardo (la del 20 de agosto de 1770) nos demuestra sin lugar a dudas cuál era exactamente la «parte de la casa hecha por Guilbert» y que se señala con el número 1. Esta porción del edificio presenta, en la fachada que miraba al Seminario, unos pequeños cuerpos laterales que al fin habían de desaparecer.

La distribución interna la conocemos gracias a un dibujo (probablemente de don Ventura Rodríguez) de la Biblioteca Nacional de París. En él puede verse cómo don Ventura trata como primera solución de reforzar la fachada del Seminario enlazando los gabinetes de los extremos (lám. V); esta parte no quedaría así, mas comparando la distribución interna con la que tenía la planta principal del Palacio antes de 1936, se comprendería cómo bastante de lo que proyectó Guilbert se mantuvo. Valgan estos datos como testimonio de lo único digno de buen recuerdo que tuvo el paso de Guilbert por las obras del edificio desde el año sesenta y tantos (¿sería desde el sesenta y dos en que empiezan las cuentas?) hasta el setenta en que es depuesto como consecuencia de la inspección realizada en las obras por orden de don Ventura Rodríguez.

La obra de don Ventura Rodríguez

Desde 1770 y gracias al Marqués de San Leonardo, el laborioso arquitecto español se pone al frente de los trabajos. Y gracias a su honradez profesional la construcción del Palacio de Liria se desarrolla sin más pausas que las obligadas por la falta de dinero y sin más problemas que los que se suscitan con el Duque de Berwick, siempre deseoso de que Rodríguez acatara sus normas inspiradas en el criterio de arquitectos de Francia.

Durante un lustro puede decirse que don Ventura estuvo siempre encima de la obra, cuidando mucho que resultara sólida y poniendo su mejor voluntad en interpretar los diseños que llegaban de París. Mas no se crea que por esto su huella es menos apreciable. Porque afortunadamente tuvo ocasión de reflejar su sensibilidad en lo que más ennoblece al Palacio: en la fachada principal o de la «plazuela» y en la posterior o «del jardín» como dicen los documentos. Ambas son casi iguales.

En otro lugar escribimos: «El Marqués de Lozoya acertó al compararlo con el palacio de La Granja y el Sr. Sánchez Cantón al fijar las relaciones con el Real de Madrid. La organización de la obra con un cuerpo bajo almohadillado no resulta equivocada al servir éste como basamento de las columnas y pilastras toscanas que abarcan las dos plantas. No sabemos si hubiera ido mejor al conjunto un entablamento con triglifos y metopas; mas fue seguramente don Ventura Rodríguez quien prefirió un friso sin solución de continuidad, jónico, para subrayar mejor el valor de las líneas horizontales que no es capaz de romper el ático. Las columnas adosadas forman como un pórtico tetrástilo, sin apenas relieve. Aquí van frontones (circular en el medio y triangulares a los lados) sobre los balcones de la planta noble. A los extremos avanzan ligeramente dos alas del edificio...»²⁴.

Este comentario podrá servir de complemento al informe de don Ventura, interesantísimo por muchos conceptos, fechado el 22 de abril de 1771 y que es el más expresivo de los tres que se dan a conocer en la crónica de dicho año y aún del primero que corresponde a 1770. Porque en este informe, para defender las columnas adosadas sobre las exentas, se habla de El Escorial y de la fachada de La Granja y sí se descubre el pensamiento que tuvo el arquitecto cuando compuso la de Liria (lám. II).

Los dibujos de la Biblioteca Nacional de París facilitados por don Miguel Molina aleccionan sobre otro de los puntos en que las ideas de don Ventura acabaron por prevalecer aunque se ajustaran en la medida de lo posible a los diseños mandados desde París. La escalera que tuvo hasta 1936 el Palacio es más o menos la que está dibujada en las plantas de las láminas VI y VII. Los adornos se recargaron en columnas y pilastras mediante una especie de fajas y sustituyéndose el orden corintio por el jónico; pero esto es bien poco ante el valor que cobra lo verdaderamente arquitectónico, que acaba de refrendarse con la solución dada al zaguán, con cinco huecos en el lado de la escalera. Esta solución no es, en cambio, la que parece proponerse en el dibujo de la lámina VI.

Los otros dibujos que se incluyen gracias a la amabilidad del Sr. Molina se relacionan más con la urbanización de los espacios que rodean al Palacio. Junto a las fuentes y fragmentos del jardín que no llegaron a realizarse (ver láms. V, VIII y IX) vemos otros pormenores que acabaron por cuajar como la zona central con la fuente del jardín bajo que se puede ver en la lámina IV. En este mismo dibujo vemos una fuente adosada al muro del

²⁴ *Art. cit.* en la nota 20.

cuartel que será casi la misma que hoy existe. Delante de ella parece que don Ventura quiso hacer viable el proyecto del Duque de rehundir el terreno de la fachada que miraba al cuartel para que tuviera mejor luz el piso bajo. Pero frente a esta solución pudo más el informe contrario que él mismo redacta y que se transcribe al final de la crónica del año 1771.

En suma, a la luz de los textos que se extractan a continuación se demuestra cómo el Palacio de Liria, siendo fruto de esfuerzos muy diversos, tuvo en don Ventura Rodríguez el hombre capaz de interpretar, coordinar y llevar adelante ideas que no eran suyas y de fundirlas con otras que llevan por entero su marchamo. No pudo hacer todo lo que hubiera querido, mas con ello el balance se nos presenta en conjunto favorable. Porque el trabajo de un arquitecto va casi siempre condicionado por el imperativo de servir el gusto de quien encarga la obra y en esa medida la arquitectura se desenvuelve dentro de un mundo muy distinto al de otras artes plásticas.

Crónica de la Construcción

Después de aludir a la presencia de Guilbert y don Ventura Rodríguez en las obras del Palacio de Liria, queda muy en segundo plano la intervención de otros maestros como, por ejemplo, Sabatini y desde luego no es posible precisar en qué consistió la tarea realizada por el primo de don Ventura, don Blas Beltrán Rodríguez²⁵.

Por todo ello convendrá ahora seguir con detención el proceso constructivo del Palacio de Liria con un criterio cronológico. La fuente casi exclusiva para esta labor es el epistolario del Marqués de San Leonardo; pero después de suprimir infinidad de párrafos que harían muy fatigosa la lectura de esta crónica. Quien se asome a las páginas que siguen tendrá la compensación de acercarse más, desde el punto de vista humano, a la época; de introducirse en el ambiente y de participar un poco de las inquietudes y problemas que surgen constantemente.

1766

La correspondencia, que se inicia como se dijo en 1764, no registra noticia alguna sobre el Palacio hasta dos años después; pero por la carta del 23 de diciembre de 1766 se sobreentiende que los trabajos estaban iniciados desde

²⁵ Ver *ob. cit.* en la nota 13.

hacía tiempo. Entonces se habla de la necesidad de incorporar un pequeño terreno que linda con los jesuitas y se cita por primera vez a Guilbert, cuya desastrosa actuación llena la primera fase de las obras. Se ve que el Marqués de San Leonardo no se halla muy al tanto de las mismas: dedica algunas alabanzas al arquitecto, pero prevé que los trabajos durarán mucho tiempo y así habla a su hermano de la conveniencia de disponer un alojamiento provisional para el caso de que el Duque viniera a Madrid.

1767

En febrero empiezan a concretarse algunas ideas. Así sabemos que Guilbert calcula que se tardarían dos años para terminar la obra «de la escalera al colegio»; es decir, aproximadamente la mitad más cercana a la actual calle de Mártires de Alcalá. Por entonces empieza a rumorearse lo mal que lleva Guilbert su tarea. Lo que queda de este año se llena con un envío a París de ciertos planos y con unas noticias, que luego resultan falsas, sobre la posibilidad de comprar terrenos del Seminario.

1768

Lo más notable gira en torno a la construcción de una tapia de separación entre los terrenos del Duque y el Seminario, al envío de más planos (que después de varios retrasos están ya en París en el mes de octubre) y a una visita que hace el Marqués con el Duque de Alba a las obras.

1769

Hasta julio faltan por completo referencias al Palacio. Ahora dice que lo encuentra muy de su gusto aunque se queja de la lentitud con que marchan los trabajos. La nueva referencia data de diciembre y entonces su disgusto es grande con Guilbert que «es un grandísimo embustero, tiene reputación de embriagarse, los oficios todos hablan muy mal de él y como tiene habilidad Arcos y Alba lo emplean continuamente y tu obra lo padece...»

1770

Hasta abril no se conservan cartas; pero a partir de ahora puede afirmarse que se inicia una serie casi ininterrumpida con noticias en extremo minuciosas acerca de los trabajos. El exceso de datos fuerza desde este momento a resu-

mir mucho. Don Pedro se refiere a la escalera de la casa que será tema continuo de discusión durante varios años. Se deduce la existencia de una primitiva y el deseo de rehacerla; formaría parte de los edificios que existían hacia el lado donde se levanta el cuartel del Conde Duque. A partir de esto se recomienda al de Berwick que emprenda la edificación del centro del Palacio, «pues conviene a tu reputación»; también se trata de una reforma urbanística que tendría como fin la creación de una plaza frente al nuevo edificio, suprimiendo la calle que pasaba ante él.

Los acontecimientos de este año tienen mucha más trascendencia que los recogidos hasta ahora por la definitiva entrada en escena de quien al cabo será el principal creador del Palacio de Liria: don Ventura Rodríguez.

Desesperado con Guilbert, «hombre enfadosísimo, embustero y de difícil trato», en carta del 23 de abril anuncia que vendrá a ver la obra don Ventura Rodríguez para certificar que está hecha a su satisfacción. Este anuncio interesa más que otras disquisiciones sobre la escalera y el proyecto de un «zaguanete» recomendable por la «conveniencia de tomar a cubierto el coche» aunque Guilbert para demostrar que no era «extraño ni feo entrar a pie llano» aducía como ejemplo el castillo de Navarra del Duque de Bourbon.

Hasta el 27 de mayo no se realizó la proyectada inspección de don Ventura y en el interregno sólo cabe destacar minucias sobre la escalera, sobre la colocación de la cocina, sobre un proyecto de acueducto de las aguas llovedizas y, sobre todo, de cómo se murmura en Madrid por la lentitud que da pie a quienes pretenden que ese ritmo está impuesto por el mismo Duque de Berwick que sólo desea alargar las cosas para prolongar su estancia en París.

Al llegar a este punto conviene anticipar los sucesos fundamentales para que pueda medirse la crisis que se produce a lo largo del verano. La inspección realizada decide la suspensión en junio de Guilbert como director de las obras aunque se le exige ultimar ciertos planos y rendir cuentas. En julio entra en escena Sabatini como colaborador. Al fin en agosto, don Ventura se encarga ya formalmente de dirigir todos los trabajos.

En cuanto se desgranán los hechos se sitúa en primer plano el problema planteado por la incapacidad del arquitecto francés y quién sabe si por su mala fe al construir la obra. La investigación llevada a cabo por orden de don Ventura demuestra ante todo que «es menester atender al remedio del daño lo primero», es decir, a consolidar muros agrietados, «levantar todo el tejado y volverlo a sentar de nuevo antes que vengan las aguas de el invierno y sacar las aguas de él afuera y que no pasen por lo interior de las paredes pues por esto... está la casa en el mal estado que se halla y que da ciertamente lástima».

El informe que antecede y que se podría ampliar con otros muchos párrafos, explica el cese de Guilbert el 17 de junio aunque don Pedro deja a elección de su hermano que se sigan sus planes o que se hagan otros. Una semana más tarde se prepara un «inventario general de cuantos peltrechos y ustencilios han quedado»... «Arcos harto de aguantar a Guilbert le ha separado también de su obra y Alba después de haber sacado el mejor partido que ha podido le ha abandonado y hoy estoy esperando a Sabatini para que vea por las calas y planes que se están sacando, los daños de la obra y tratar con el de el remedio propuesto por don Ventura Rodríguez.»

El 2 de julio escribe don Pedro: «Rodríguez dice que sujetándose a los planos e ideas de Guilbert en la obra, en repartimiento interior, fachada, jardín, etc., si gustas hará sus planos y que será mucho menos costosa y más prontamente executada y que por lo que mira a lo que te tengo prometido para todo el año que viene cree que a más tardar el verano de 1722 podrás gozarla...» «El encantarillado de las aguas del campo y el Seminario había estimado Guilbert en 20.000 r. poco más o menos y pasará de 40.000.»

La carta del 9 de julio está no sólo llena de valor informativo, sino incluso humano, porque expresa cabalmente el estado de ánimo de don Pedro. Dice entre otras muchas cosas: «Por fin vi a Sabatini antes de ayer de resultas de la visita que hizo a tu casa y estuve en conferencia con él y con don Ventura toda la mañana, tanto sobre el remedio a el daño, como sobre la continuación de la obra sobre la idea de Guilbert que tú has aprobado y sus planes; éstos no los han hallado fieles con la obra y mucha parte de la proyectada la han desaprobado enteramente y en fin me han hecho conocer claramente que obra peor no es capaz se haga y que da la mayor lástima ver tanto dinero gastado tan mal.» Después de insistir en los remedios que se hacían indispensables, entre ellos, «sacar todos los pies derechos de la fábrica podridos y no podridos y macizar sus huecos y en fin continuar las calas para descubrir los demás daños que aun no lo están para irlos remediando», se habla de lo acordado para que las aguas llovedizas discurran por fuera de la casa en contra de la opinión de Guilbert que había construido una alcantarilla para que estas aguas limpiasen las letrinas «sin acordarse que hay ocasión que se pasan seis meses sin llover; y con esto te quedarán en lo restantes de estos ramales de bóveda... unas oficinas para meter en ellas cuanto quieras»; así se evitarían los riesgos de que las aguas dañasen los cimientos. Lo que iba a ser una magnífica alcantarilla quedó efectivamente convertido en un túnel que hace oficio de almacén.

En la misma y extensa carta se refiere el Marqués de San Leonardo al acuerdo de que «se compusiese para siempre el depósito del agua dulce,

cubriendo de bóveda las tinajas y reparando en forma todo lo demás que conduce a su conservación y la tapia que da a la callejuela del cuartel y en punto a la continuación de la obra se resolvió se sacasen planos exactos de cómo está ahora lo hecho y lo por hacer y otros del proyecto general arreglado a tus intenciones y planos de Guilbert en cuanto sea posible»... «y de contado se hará el centro de la casa y cuarto donde está la contaduría y el de arriba para que cuanto antes tengas como te tengo ofrecido cuatro cuartos de señores, colocada la contaduría, la cocina y repostería como te tengo avisado y rematada la fachada de la que el plan arreglado te enviaré para su aprobación y habrá en el cuarto segundo y tercero de este que se hará, mucha vivienda para criados y quien tu quieras»...

«En la junta que tuve seis días ha con Ventura, hice venir a Guilbert y con los planos en la mano le reconvine de todas sus maldades y le obligué a que sobre ellos y lo reconocido por las calas diese cuantas razones pudieran disculparle de ellas y dió unas cuantas tan malas y tan tontas que quedamos convencidos de su ignorancia y soberbia y yo me enfadé con él y me alteré porque me chocó verlo tan poco sumiso después de verse convencido de maldades semejantes y le dije mil cosas y en fin que escogiera de los dos títulos de ignorante o pícaro el que quisiera, que reconociera como te había pagado la confianza que habías hecho de él y que agradeciera a tu buen corazón el que no le hicieras poner en galeras para toda su vida, que procurase dar sus cuentas fue con lo que concluí y que me trajese todos los planos que faltaban y entre ellos el del jardín; me lo ha traído esta noche y ahí te lo incluyo para que lo veas y también ese otro de Rodríguez que será mucho menos costoso. Van también esos dos del mismo para que veas el curso de la cantarilla y las añadiduras en las dos ventanas de los gabinetes y los dos cortes de la obra hecha para que veas los defectos»...

En nota aparte de esta larguísima carta añade cómo Guilbert pretende quedarse a las órdenes de Rodríguez, idea que no agrada a don Ventura... «Lo cierto es que Sabatini y don Ventura son hombres muy capaces de rematar con grande acierto todo; sienten muchísimo ser sastres remendones y no puedo ponderarte demasiado lo que me ha costado persuadir a Rodríguez se encargue de esto.»

En otras cartas que siguen se descubren nuevos daños en la obra y se repiten las acusaciones contra Guilbert, pero no hemos de recogerlas por quedar ya bien demostrada su incapacidad y para no ensañarnos con quien iba a sobrevivir a este fracaso tan sólo unos meses, pues se registra la noticia de su muerte en abril de 1771 al mismo tiempo que la del infante Don Javier.

Para completar estas noticias se dirá que el 12 de julio se anunciaba la compra de piedra de sillería y pedernal, y once días más tarde que el revestimiento con sillería de las fachadas «del centro de calle y jardín hasta el cuarto principal» se había calculado en 120.000 reales. Con indudable optimismo se concluía: «Espero que deste noviembre en dos años esté rematada la fachada a la calle, el jardín en buen estado y corrientes los cuatro cuartos de señores.»

A partir de agosto las cartas de don Pedro van enriqueciéndose con noticias alentadoras. Al mismo tiempo que se remedian los males se van concretando las ideas de don Ventura Rodríguez. Durante todo el último cuatrimestre se anuncian diversos envíos de planos en donde se intuye lo que serán las nuevas fachadas del palacio. Aunque nos faltan esos alzados, los comentarios del Marqués dan luz suficiente en muchos casos. El 6 de agosto le anuncia el envío del proyecto de la fachada de la plaza, que «será mucho menos costosa que la proyectada por Guilbert, será lo mismo que ella la del jardín y será más sólida... el aspecto es mucho más noble, como todo lo podrás consultar con los buenos arquitectos que hay ahí... El caballete de el tejado no se verá a tres veces distante de el alto de la fachada y el cuerpo ático de en medio oculta la cúpula de la escalera y en él se pueden poner tus armas y las de mi hermana en medio y dos medallones, el uno tuyo y el otro de mi hermana y en los remates de sus pilastras irán cuatro grupos de trofeos de los conquistados en Indias; y el cuerpo de en medio sobresaldrá dos pies y serán los adornos de ventanas, pilastas, dinteles, cornisas y columnas, de piedra berroqueña para que sea eterno y sin riesgo de caerse como el estuco que proponía Guilbert; no me falta más que tu aprobación que deseo para quedar de acuerdo en esta parte, y cuanto a la del interior, tú me dirás cómo quieres se reparta.»

Un mes más tarde, el 3 de setiembre, escribe: «Celebro haigas recibido el plan de Rodríguez y aguardo sobre él tu decisión»... y unas líneas más adelante puntualiza: «No se piensa en hacer guardillas en el texado, ni mansarda, sino un cuerpo ático en el que se presentarán las ventanas de el tercer alto como en palacio, y en la cornisa habrá unos pies de estales que van figurados en el plan que tienes, islados que dan mucha gracia y no tapan las luces de el cuarto tercero ni cargan inmensamente la cornisa, aunque se les ponga remates encima si tú gustas; y esto no sucedía con la barandilla propuesta por Guilbert, que no podía aguantar la fábrica y quitaba luces a los cuartos terceros»... Repite que no se verá el tejado a tres alturas de distancia y se refiere a las reformas que propone Rodríguez en el extremo del edificio que mira al Seminario y que permitirá reforzar el muro

levantado por Guilbert creando un cuerpo arquitectónico con un salón y gabinetes que sirviera de estribo. En carta del 8 de octubre se dice que se ha puesto el tejado (después de levantado el hecho por Guilbert) rematándose de acuerdo con lo propuesto por Rodríguez «esto es, con cuerpo ático para el que se aprovechan las piedras de Guilbert labrándolas de otra manera».

A fines de octubre está fechada una carta que va acompañada de un documento autógrafo del arquitecto, que inicia la serie de los transcritos íntegramente en este trabajo:

Primer informe de Ventura Rodríguez.

«La pared del quarto tercero que dejó hecha Guilbert es cierto cargava sobre macizo, pero por la retirada que hizo para poner delante de ella la balaustrada quedó escasa de grueso, que no era bastante para recibir el estrivado de la armadura del cubierto, y la canal que recoge las aguas del tejado (que debe quedar apartada de las maderas lo posible para que no se pudran) y ha sido preciso demolerla y volverla a construir para ganar el grueso competente; pues de haberle recrecido, arrimado a lo que ya estava hecho, quedaba la obra falsa, sin unión, en dos hojas, contra la firmeza y duración del edificio, además de que al mismo tiempo que esta parte se ha creado, toda unida, se ha formado el sotabanco correspondiendo con el que viene de la fachada principal y que se ha de hacer en la que mira al Seminario.

De reducirse el alto de las ventanas del quarto segundo al que figura el diseño que ha formado el Architecto de París, resulta quedar el antepecho muy vajo, pues no levanta más que dos pies castellanos (debiendo ser lo menos tres y medio) y no defiende el peligro de caerse a la Plazuela las personas que se quieran asomar, y quitará la luz que se necesita abundante para que alcance a iluminar las piezas de las crugías interiores.

Y de istriarse las columnas de los medios de las fachadas principal y del jardín y las pilastras de los Pavellones pide más adorno el orden de su Architectura, como es, el tallado del dentellón de la cornisa y de los capiteles y más delicadeza en las molduras de las guarniciones de las ventanas (como figura otro diseño) que todo aumenta el gasto que he procurado escusar sin faltar el decoro, pues las 28 pilastras de los 4 pavellones siendo istriadas, era preciso se hiciesen de piedra, como las columnas de los medios de las fachadas, y quedando lisas se pueden hacer de ladrillo, como está la demás, obra cuya diferencia en el coste es considerable como de 4 a 1.

Es quanto acerca de estos particulares debo exponer, sobre lo cual S. E. resolverá como sea de su agrado. Escorial y Otre. 26 de 1770.

Ventura Rodríguez.»

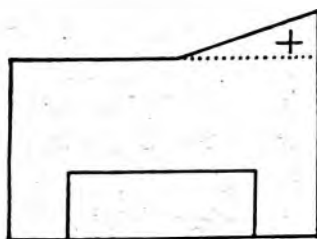
La intervención de Ventura Rodríguez se señala también a través de un nuevo proyecto para la escalera que estaba ultimado en octubre, pero al que se le darán muchas vueltas como se verá después.

La marcha de las obras impone en este año la demolición del llamado «casón de las cuatro columnas» y de otra construcción inmediata que terminaba en el muro del callejón del cuartel. Estos edificios quedaban ligados al palacio que se estaba levantando (recuérdese que la construcción empezó por el lado más próximo a la calle de los Mártires de Alcalá) y su derribo se iba haciendo indispensable. Tras algunas vacilaciones se siguió el parecer de Ventura Rodríguez, que propuso la demolición con todo cuidado para aprovechar luego los materiales en la nueva fábrica.

También son interesantes las obras que se realizan en la noria y para cubrir las tinajas; todo esto se conserva actualmente y ofrece un punto de interés para demostrar el cuidado con que se plantean y resuelven los problemas de suministro de aguas.

En último lugar es aludirá a cuanto se realiza en el jardín. Cuando se habla de él hemos de pensar en la parte que se abre a la fachada posterior y que exige una importante excavación, para que quede al mismo nivel de la planta baja del palacio. El coste de la excavación hace pensar a Sabatini en un proyecto que consistía en hacer un foso entre el jardín bajo (ya algo rebajado) y la fachada. Un puente uniría el jardín con el edificio salvando el foso. Pero el coste del muro de contención y de este puente, amén de otras razones, hacen que se siga la solución primera.

Todavía al referirnos a obras en el jardín mencionaremos la preocupación que siente el Duque de Berwick porque se mantenga la simetría, muy de acuerdo con el espíritu de la época. En una de las últimas cartas, escrita el día de Nochebuena, dice don Pedro: «Por lo tocante a la simetría que dices de la noria que sería menester repetir del otro lado, vuelve a repetirte Rodríguez no tiene relación un lado con otro porque el jardín hace la figura siguiente [v. abajo]; en esta cruz está la noria queda como un *hors doeuvre*



fuera de la línea del jardín conque no puede hacerse del otro lado otra para simetría pues es terreno del Seminario el donde le correspondería hacerla además que de lo que ella se verá no se verá dentro de lo que forme tu jardín, sino como una cosa de vecino»...

A lo largo de este año la marcha de los trabajos prosigue de un modo satisfactorio, pero se reflejan claramente discrepancias entre el criterio del Duque y lo que proponen, generalmente de acuerdo, su hermano, don Ventura y Sabatini. Interminable resulta la controversia en torno a la escalera. Casi no hay carta en que no se trate este asunto. El Marqués de San Leonardo propone primero, para evitar gastos, dejar la antigua. Pero don Jacobo manda un proyecto desde París, que debe referirse sobre todo a una nueva linterna, y cuya ejecución presenta graves inconvenientes: «Será muy costosa, de mucho gasto para mantenerla y de ninguna duración, y que aquí nunca la harán tan propia como se necesitara.» Ventura Rodríguez presenta una traza que permite conservar la media naranja primitiva. Más adelante Sabatini propone otro plan (que es el que más satisface a don Pedro), que exige también la destrucción de la media naranja como el del arquitecto francés.

Las discusiones benedictinas que se entablan con este motivo no conducen a ningún acuerdo definitivo durante este año. Pero conviene destacar que en las continuas alusiones al proyecto de don Ventura se contienen datos que vale la pena recoger. En carta del 8 de abril dice: «Quisiera que me dijeras si quieres que se haga o no de una vez la escalera proyectada por Rodríguez de dos viajes, haciéndote considerar será muy conveniente se haga ahora (si hay con qué) y que cada escalón (que se harán nuevos) tendrán de largo 10 pies y medio, que es el largo de los de la escalera de la Panadería de la Plaza Mayor y es anchura suficientísima»... Haciendo alabanza de este mismo proyecto dice el 20 de mayo: «... y debo prevenirte que quedará muy hermosa y tan ancha como la nueva que acaba de hacer ahora en su nueva casa Alba»...

La segunda cuestión importante, que por fortuna se resuelve satisfactoriamente, afecta a la decoración de las dos fachadas principales. En el proyecto de Guilbert estaban previstas columnas exentas, mientras que don Ventura propone que se entierren un tercio. Las ventajas de orden económico se detallan en este

Segundo informe de Ventura Rodríguez.

«Satisfaciendo la pregunta de S. E. el Exmo. Sor. Duque de Berwick sobre la diferencia en el coste de hacerse las columnas de los medios de las fachadas de la Casa de S. E. aisladas o con dos tercios del diámetro fuera de la pared, digo: que habiendo hecho el cálculo prudencial, hallo, será esta diferencia 166.000 rs. von. que se gastarán más haciéndose aisladas, y esto se entiende no siendo de una pieza la caña o

fuste, sino de tambores con sus pernios de hierro emplomados en el catheto, que es de menos costa; y sin incluir el coste de las istriás o canales, ni el de las 28 pilas-
tras de piedra labrada también istriadas, que sería necesario hacer en los pabello-
nes en lugar de las de ladrillo, para que fuesen permanentes las istriás y dar la co-
rrespondencia que piden estas pilastras en las columnas y este aumento ascendería a
78.600 rs. von. viniendo a componer el todo de la diferencia del gasto: 244.600 rs. de
von. poco más o menos. En cuya vista S. E. resolverá lo que más sea de su agrado.
Madrid, y marzo 2 de 1771.

Ventura Rodríguez.»

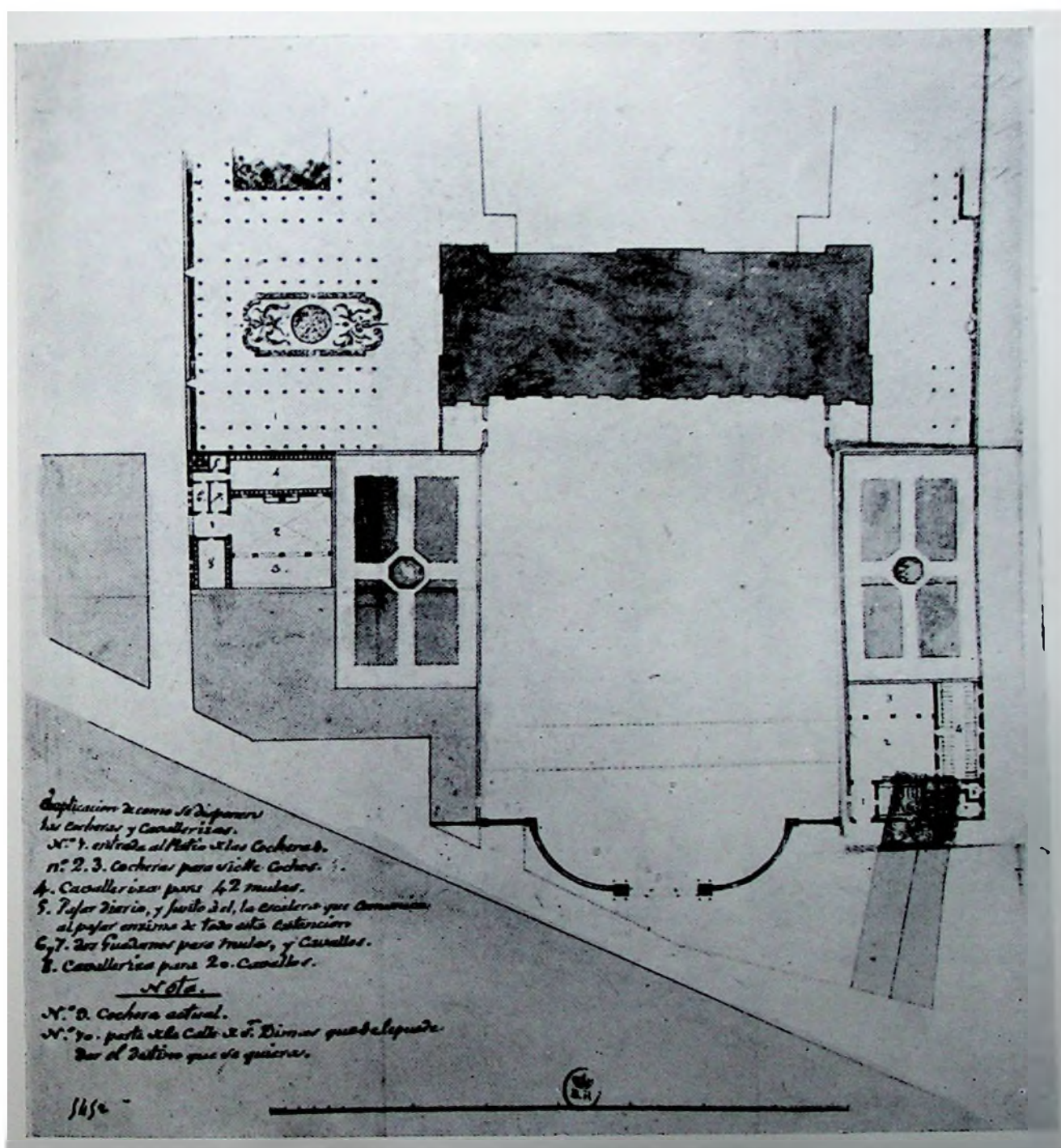
Unas semanas más tarde, por carta del 22 de abril, sabemos el disgusto del Duque de Berwick a causa «de obras que se han emprendido... sin [su] conocimiento, consentimiento y acuerdo». El Marqués de San Leonardo responde a los cargos que se le hacen diciendo que muchos problemas tiene que resolverlos sobre la marcha, sin tiempo para consultarlos; pero en un punto, el que aquí nos interesa, su réplica puede ser terminante: «Rodríguez hizo el plan de la fachada principal de la casa como le pareció debía quedar; te lo envié y me lo devolviste aprobado y dice de tu letra y firma: *Aprobado, dejando para más adelante los adornos y demás que hay sobre el ático, Berwick*. Por este plan se veía claramente debían de quedar enterradas las columnas un tercio de su diámetro en la pared y que ésta no debía resaltar por consecuencia tanto como la que pintaba en su plan Guilbert y así no se pensó más en este punto»... Los razonamientos que siguen resultan innecesarios ante la presencia de un extenso e importantísimo escrito del arquitecto que a continuación se transcribe.

Tercer informe de Ventura Rodríguez.

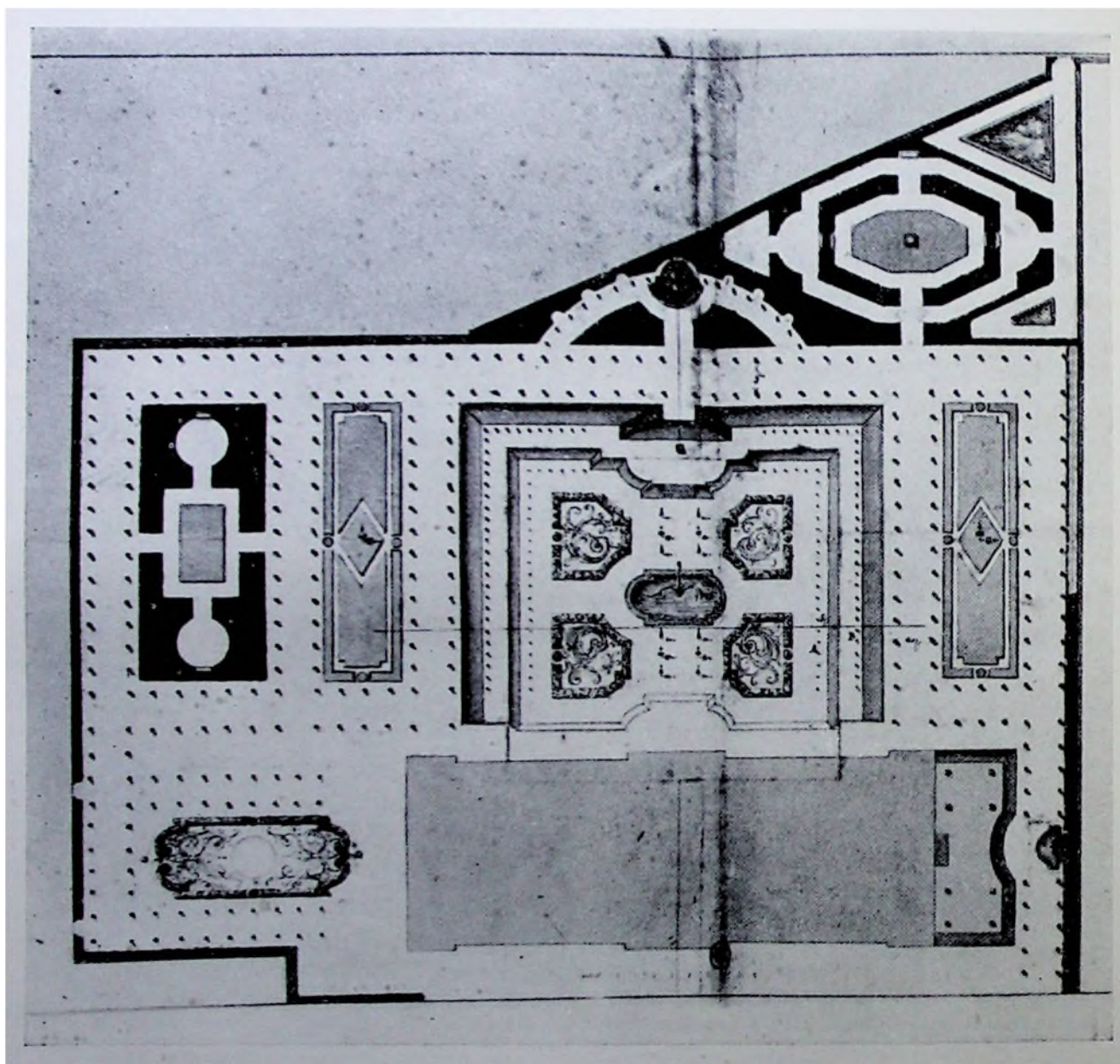
«Satisfacción sobre el motivo de construirse los cuerpos de los medios de las Fachadas de la Plaza y Jardín de la Casa del Exmo. Sor. Duque de Berwick con las columnas introducidas un tercio de su diámetro en el macizo de la pared.»

«En el diseño que formé de la fachada principal, y remitió el Exmo. Sor. Marqués de Sn. Leonardo a su hermano el Exmo. Sor. Duque a París se figuraban las columnas con un tercio de su diámetro introducido en la pared: Vino aprobado de S. E. y en fuerza de esta aprobación se ha procedido habiendo puesto luego mano a la obra, para no perder el tiempo que necesita el natural enjague y asiento que causan la humedad y gravedad.

Las propuse así por las razones que di a S.S. E.E. en 7 de enero de este año y por ser un modo muy autorizado con exemplos célebres de Antiguos y Modernos, que entre estos tenemos los del Escorial, varios en esta Corte, y en el Rl. Sitio de Sn. Ildephonso, la fachada del Palacio que da al Jardín que es hermosa Arquitectura del célebre Dn. Phelipe Ibarra [sic]: Y porque sin embargo de que los Archi-
tectos deseamos la mayor magnificencia en las obras por el lustre que nos resulta no me pareció conveniente proponer toda la que se podía dar para no aumentar el



Palacio de Liria. Plano indicándose la situación y distribución de las cocheras y caballerizas en relación con el edificio principal. Obsérvese la disposición de la verja con el vano central. Dibujo sobre papel a tinta y aguadas. 243 x 293 mm. La escala gráfica mide 138,5 milímetros. Además del texto lleva el n.º 5.452. París: Biblioteca Nacional (V. 6 147, fol. 111). Foto facilitada por don Miguel Molina.



Palacio de Liria. Proyecto de los jardines y plano de situación del edificio. Dibujo sobre papel hecho a tinta y aguadas de diversos colores. 615 x 410 mm. Al dorso, somerísimos esbozos como de verjas y piso de terrazas. París: Biblioteca Nacional (V. 6 147, fol. 93).
Foto facilitada por don Miguel Molina.

empeño en que se ve S. E. de llevar a debido efecto un asunto de tan crecidos gastos sobre los malogrados en la increíble mala ejecución que encontré.

De haber seguido el pensamiento de Guilbert con las columnas aisladas resultaba, además de lo expuesto en el papel del citado día 7, el aumento de quedar inservibles los suelos del cuarto principal segundo y tercero, los cuales se necesitarían hacer nuevos, y con esta operación padecería quebranto la fábrica de la Caja de la Escalera principal, en cuyo lienzo tienen asiento y entrada los referidos suelos: El terreno firme no se halla hasta 20 pies de profundidad por estar en lo hondo del valle que por naturaleza hace esta situación, y se aumentava el gasto de cimientos con el mayor grueso que se necesitava dar: Era aumento de gasto las basas y capiteles de piedra blanca de Colmenar de Oreja, para uniformar a lo hecho, de las pilastras que habían de quedar detrás de las columnas y la fábrica de las mismas pilastras: y el labrado de basas y capiteles de las columnas y cañas de éstas en todo lo que quedaría sin labrar ocultándose en la pared: Sería también aumento de gasto los mayores arquivaduras y friso, de piedra, que se habían de poner sobre las columnas, especialmente en las de los extremos, para contrastar el empuje de la fábrica del cornisamento que había de quedar con su arquivadura en plano haciendo paflón, a que se agregaría el mayor gasto en la armazón de varrones de hierro con que se había de atar para que quedase todo unido con firmeza, y el cuerpo de fábrica que se aumentaba en este cornisamento y la mayor proyección o tizón de las piedras de la cornisa, su sobrelecho, y el emplomado con que éste se había de cubrir para despedir las aguas llovedizas: Aumentábase también la ejecución de los pedestales que correspondía hacerse sobre las columnas delante del Cuerpo Atico, y las estatuas con que correspondía finalizar, respecto de no convenir el frontispicio, así porque este término no es el más bien recibido para Casas y Palacios (en buena paz del Louvre y de las Casas del Palacio) por ser más propio para templos como porque quedaba sin luz en esta parte el cuarto tercero. Y a este referido aumento de gastos que se originaba en la fachada principal, regulado en 83 mil rs. von. debe añadirse otro tanto en la del Jardín que debía siempre quedar no menos magnífica por lo que viene a importar otro aumento los 166.000 que expresé en mi papel de 2 de Marzo de este año.

Pueden quedar aisladas las columnas sin resaltar más que quedando con el tercio del diámetro en el macizo, haciéndose nichadas, que es un partido autorizado por Michael Angel (a quien la República literaria y de las Artes hace la justicia de declararle capaz de dar preceptos) y seguido después por los mejores Architectos, etc.

Es cuanto en el asunto debo exponer. Madrid y Abril 22 de 1771.

Ventura Rodríguez.*

Este informe no acaba de zanjar por completo la cuestión, ya que bastantes semanas después pide con insistencia don Pedro a su hermano que acabe de resolver como quiere las columnas de la fachada. Pero ya que al fin de cuentas se hizo lo proyectado por don Ventura, no vale la pena volver sobre este asunto.

La tercera cuestión importante que empieza a tratarse en este año se refiere a la distribución interna del edificio. El 10 de junio el Marqués se refiere al agradecimiento de Sabatini (¿por el regalo que se le había hecho de unos caballos?) y que quiere manifestarlo haciendo «un plan de repartimiento del cuarto bajo y principal de la obra... y otro de la escalera»... El 19 de agosto entregó al fin estas trazas, pero en noviembre hay referencia a otras enviadas por el Duque desde París y debidas a un arquitecto francés que no se nombra. Don Ventura se encarga de ir adaptando este proyecto a lo que manda el edificio, realizando algunas rectificaciones indispensables.

Otra cuestión se plantea al tratar de ultimar los detalles de la fachada que mira al cuartel. Como es sabido, en esta zona el terreno queda a nivel con la planta principal; de ahí que se presente el problema de la iluminación y aireación de las piezas bajas. Para resolverlo, don Ventura propone hacer un pequeño foso que aisle de la humedad, permita la entrada de alguna luz y haga posible una cierta ventilación. Mas el Duque de Berwick desea que se abra un amplio talud de césped para lograr mejor iluminación. Este punto de vista da origen al

Cuarto informe de Ventura Rodriguez.

«Excmo. Sor.
Sor.

He visto el perfil que me ha comunicado V. E. que demuestra la manera de introducir directamente la luz y el ayre en la crugia subterránea de la Casa del Exmo. Sor. Duque de Berwick, hermano de V. E. y sin embargo que es un pensamiento que se pudo practicar hallo resultarían de el inconvenientes dignos de consideración. 1.º Que el hoyo con talus de zésped que se había de hacer para con su profundidad ganar el alto de las lumbreras o ventanas, obligaba a hacer un pozo sumidero que recogiese las aguas de las lluvias con su conducto para darlas salida, el qual había de comunicarse con los conductos de las aguas inmundas, y de esta comunicación se seguía la del hedor que infestaría el ayre, y se introducirían en la habitación por estar inmediata, con mosquitos y otros insectos y sabandijas que crían dos sumideros; además de que en el tal hoyo se recogería la broza que lleva el viento y sería necesario un continuo trabajo para su aseo. 2.º La incomodidad que causa quedar roto y cortado el piso de manera que para salir al jardín es necesario bajar al hoyo y tener que subir inmediatamente lo mismo que se baja. 3.º Que la humedad tan inmediata del riego del césped y su evaporación, particularmente en tiempo de calor, infestaría el ayre que junto con el vapor del sumidero haría malsana la habitación. 4.º Quedarían inútiles todas las piezas de la referida crugia al piso del cuarto bajo, porque no se libertarian de la humedad y salitre que precisamente había de comunicar el terreno a la pared y pavimento.

Ninguno de los inconvenientes expresados concurre en el modo que se ha observado y puesto en ejecución: del qual, en esta jornada del Escorial remití a V. E.

el dibujo y quedan las piezas útiles, con claridad y ventilación. Y es cuanto en el asunto debo expresar a V. E. cuyos preceptos deseo y que Dios prospere a V. E. mu. a. Madrid y Diciembre 30 de 1771.

Excmo. Sor.

Sor.

B.I.M. de V. E. su más rever.^{ta}
oblig.^o servidor

Ventura Rodríguez.

Excmo. Sor. Marqués de Sn. Leonardo.»

Los restantes asuntos planteados en este año se refieren al traslado de los criados, que habitaban todavía la parte vieja que ahora se derriba, a una casa inmediata que llama del platero; a la compra de la casa de don Manuel de Miranda (situada donde está hoy el edificio de la calle de Mártires de Alcalá, 4, y que se prolongaba hasta muy cerca del Palacio) por 100.000 reales; a la construcción de gran parte de las tapias y casi todas las alcantarillas; a la concesión del agua dulce sin recibirla ya a través del cuartel; a la reparación de lo hecho por Guilbert (¡todavía se seguirían descubriendo fallos en 1780!) y, sobre todo, a una propuesta de don Ventura Rodríguez para que «se quiten los dos gabinetitos con sus pabellones de columnas que hacen dos cuerpecillos salientes en la fachada del Seminario en los que hay mucho material que aprovechar, no sirven para nada y nos ahorrarán el costo grande de rematarlos y hacer otros dos en la fachada del cuartel».

No es posible terminar la crónica de 1771 con noticias concretas sobre los gastos realizados y los que se considera preciso hacer; porque aunque abundan las referencias a cuestiones de dinero nunca resultan suficientemente claras. En febrero escribe el Marqués: ... «te acordarás que cuando te hablé de que señalaras más consignación para la continuación de la obra que la de 1.500 r. por semana, te pedí 6.000 r.; después te dije que me arreglaría con 3.000 r. y ahora te pido que si puedes me mandes dar 6.000 r. por semana, pues de lo contrario poquísimo podremos adelantar»...

1772

No es un dislate iniciar la crónica de este año con los párrafos de una carta escrita a mediados de diciembre, porque en ella se contiene un interesante resumen de todo lo hecho y de lo que convendrá hacer. El Marqués se expresa así con fecha 14:

«Hermano y querido mío: aunque la escalera no la emprenda hasta el verano necesito los planos de su perfil y elevación (otros ya los había reci-

bido en noviembre) que me has prometido, para obrar con más certeza y tomar previas medidas en consecuencia; en un punto a el gasto de la obra, no te niego es crecido, pero también te aseguro es preciso... y que a la verdad está muy adelantada pues si consigo en este verano rematar la escalera y la linterna, queda toda la casa (desde que me encargaste de ella) derribada enteramente, metida de cimientos y reedificada en tres años o a lo más en tres años y medio, y arreglado el jardín, hecho un desmonte formidable en su centro para el parterre bajo, fabricada de nuevo toda la tapia de a el reedor de el soberbiamente y con su albardilla de piedra berroqueña la mayor parte de ella, hecha de planta con cimientos y todo la tapia que contiene el depósito de las tinajas sobre el jardín, recorridas todas sus tinajas y puestos sus registros con facilidad para su uso, y cubierta de bóveda toda su tirantez en lugar de tejado para librarla de las injusticias de los habitantes del cuartel, sacado a continuación de este depósito el lavadero que ata con él, porque era preciso y hecha la cubierta de la noria, la cual, como el lavadero, están cubiertas de bóveda por la misma razón que lo está el depósito, en el que para su uso y comunicación con el lavadero hay unas escaleras de piedra lindísima y muy cómoda; todo esto, la limpiadura de la noria con un ramal de comunicación que se ha hecho en su profundidad para poder entrar desde el horno del yeso a limpiarla cuando se necesite con comodidad, y todos los conductos subterráneos para llevar desde el depósito de el jardín a la casa las aguas de beber y sacar de ella las llovedizas, los conductos de letrinas a la cantarilla principal, y cañería desde el arca de el agua que está fuera de la puerta de el Conde Duque en derechura a casa, sin pasar por el cuartel (que nos la quitaba cuando quería) con el pago, averiguación y liquidación de cuentas para quedar corrientes como hemos quedado en este punto de agua de beber con la Villa y colocación de la nueva contaduría con pago de estantes nuevos etcétera... está ya hecho y la más grande, hermosa y bien construida cantarilla que desde la esquina de el jardín que linda con el del colegio, corre, hasta desembocar por debajo de la calle de San Joaquín a la huerta de Pío, y que tiene seis pies y medio de alto y seis pies de ancho, ¿te parece que todas estas obras y otras muchas de desmontes, compras de casas, mudanzas de trastos, etc... se pueden hacer sin gastos considerables? ojalá yo pudiera hacerlas con poquísimo gasto...; estamos, hermano mío, sufriendo el mal necesario de todos los que tienen que bregar con arquitectos, que gastan más de lo que uno quiere y emprenden, por más que uno esté encima, obras sin que se les mande, que después es preciso rematarlas por no perderla doble... Todas las semanas me da una cuenta muy prolija Llaguno

de lo que se hace en cada semana (siguen una serie de alabanzas a este sujeto que con cargo de interventor había colocado don Pedro en el verano de 1771, ¿sería pariente de don Eugenio Llaguno?)...; en fin, tú tienes mucha razón de quejarte de lo que gastas en la obra, pero ya ves que es preciso y que se gasta bien...» El extenso informe termina con nuevas quejas del arquitecto en punto a gastos.

Tras esta carta, de la que hemos suprimido muchos párrafos para no fatigar al lector, convendrá decir algunas palabras sobre ciertos problemas.

Hasta la saciedad se repiten las peticiones que don Pedro hace a su hermano para que le envíe de una vez los planos de la escalera. Llegan, por fin, en noviembre; pero aún el 14 de diciembre le escribe pidiéndole la «elevación y corte» de ella. De todas formas le advierte que hasta el verano de 1773 no se emprenderá su ejecución, mas es necesario tener ultimado el proyecto para que encaje adecuadamente con las piezas inmediatas.

Existen algunas referencias sobre «el frontón o cuerpo ático encima de las tres puertas de un lado y otro», sobre todo por lo que se refiere a su decoración. Aquí también todo son dudas y vacilaciones. Incluso se llega a pensar en suprimir las armas con que iban a adornarse para ponerlas en cambio en la «puerta exterior de la plazuela». Pero esta idea no llega a cuajar, pues el 16 de noviembre don Pedro escribe: ... «y sólo me falta me digas si quieres se pongan tus armas sobre la portada de las fachadas a el centro de ellas en el frontón y si han de ser solas o unidas con las de mi hermana (recuérdese que la cuñada del Marqués era hermana del Duque de Alba y así, en un escudo, quedaba anticipado el actual con las armas de Berwick y de Alba) advirtiéndote que el plan de el frontón que me has enviado costaría, a lo que Rodríguez dice, tanto o más que las armas.»

Un indicio que permite imaginar los avances de la obra a fines de este año se nos brinda en las noticias sobre el solado de los pisos. En carta de fecha 7 de setiembre se dice: «Te enviaré una razón de lo que costará en mármol, en azulejos de Valencia, y en baldosa fina, raspada y bien cocida de Toledo.» El Duque se decide al fin por la baldosa, que sería más barata, en atención a las razones que da su hermano en carta de 30 de noviembre: «En cuanto a ladrillos azulejos de Valencia, como los que tengo en Aranjuez, te digo son muy costosos, vidriosos y peligroso el andar sobre ellos y creo estarán muy bien todos los cuartos principales solados de baldosa fina y raspada de Toledo que es muy barata y que además de eso aunque no es tan lucida como el azulejo, parece muy bien, cosa que aunque así no fuera, como el hivierno [sic] están cubiertos los suelos de esteras y alfom-

bras y el verano de esteras finas, no se echaría de ver: todos los callejones cuartos de paso y antecámaras irán solados de la misma baldosa de Toledo.»

El 2 de noviembre escribe el Marqués sobre otro tema que se toca en bastantes cartas. Se trata de cómo han de ser los balcones, y a este respecto dice: «Es de parecer Rodríguez de que toda la balconería que falta se haga más sólida y más barata que la hecha por Guilbert en la fachada principal y así se hará si te convienes a ello.» El 28 de diciembre anuncia que le pedirá a Rodríguez «su parecer y costo de los balcones de piedra en lugar de hierro que es lo que me tienes pedido».

No nos extenderemos hablando de las soluciones que busca don Pedro para resolver con el mínimo gasto la instalación de «caballerizas con sus pajares, granero y guadarnés correspondiente, cocheras, carbonera y leñera», para lo que aprovecha una serie de edificios circundantes en lugar de llevar adelante «el proyecto de Rodríguez»: «Este me proponía hacerlas muy hermosas y de gran lucimiento exterior, para adorno de la plazuela, formando una línea paralela con la pared de el jardín de Miranda, pero ascendía su costo a muchos millares de pesos», escribía el Marqués el 26 de julio.

En el capítulo de gastos encontramos los siguientes datos curiosos. El 22 de octubre solicita don Pedro un aumento semanal de 18.000 reales sobre los 6.000 que se venían percibiendo, y así durante siete semanas porque «la obra está en términos que no puede absolutamente dejarse de la mano... sin grave perjuicio». Luego bastarían los 6.000 hasta mayo. Desde entonces, como dice el 21 de diciembre, «por 30 semanas se necesitarán... 30.000 reales en cada una y 6.000 reales en las 22 siguientes que importarán todas 1.032.000 rs.». Así se hacían cálculos hasta 1774, fecha en que la obra estaría casi terminada.

1773

Entramos en un año decisivo. Las obras del Palacio de Liria han entrado en una fase que permite ya hablar de remates. Se han ido resolviendo muchos problemas constructivos y el Duque, gracias a la «machaconería» de su hermano, va decidiendo las cuestiones que dependen de su aprobación aunque sea a costa de algunos roces con don Pedro.

Por fin acepta que se deje la escalera antigua, si bien rematándola con la linterna cuyo diseño había enviado de París; el Marqués de San Leonardo vigiló la elaboración de los cristales en La Granja, gracias a su presencia en el Real Sitio de San Ildefonso, junto al Rey. La conservación de la primitiva escalera aparece como una solución neutra en vista quizá de las en-

contradas opiniones sobre los proyectos de París, Rodríguez y Sabatini. Con motivo de los choques que se producían hallamos algunos juicios muy interesantes sobre don Ventura que conviene recoger: en carta del 22 de febrero leemos: ... «hallo tienes muchas razones para haberte enfadado las razones de Rodríguez con que se opone a la escalera que, diseñada, me tienes enviada, pues tus respuestas a ellas convencen; pero es un buen hombre, honrado y que no tiene entendimiento propio y el que tiene es adquirido, y así perdónales que muchos peores podemos encontrar, pero tan honrados como él, ninguno»; más adelante, el 29 de marzo, dice: «Debo explicarte el genio de Rodríguez pues veo que aunque con justicia, por lo acaecido hasta aquí, formas un concepto errado de él: Rodríguez es muy hombre de bien, muy formal, muy estudioso y de sciencia, pero de talento limitado y así no concibe por sí, sino por su sciencia, y pare con dificultad sus conceptos; es cierto que tiene algo de vanidad y que, como no ha salido de aquí, cree que los extranjeros no saben más que él, pero desea el acierto en todo y a fuerza de rebatirle sus ideas se consigue hacerle mudar de opinión; es material en sus obras porque gusta asegurarse, y así las hace a maja [sic] y primorosas, pero no se interesa en ninguna ni maneja un maravedís; en cuanto a ofrecer y no cumplir y variar de ideas, le sucede lo que a todos los arquitectos; pero vale mucho el ir con él seguros de que la obra que emprende queda perfectamente executada y en fin, es tan generoso, que un doblón de a ocho que le tocaba de derecho por maestro mayor de Madrid, cuando el cambio de las callejuelas, no lo ha querido; es perezoso y tiene mucho sobre él y por esto tarda tanto en dar los planos que se le piden; pero no deja de estar por eso encima de la obra siempre que se necesita su vista para que nada se haga sin su conocimiento; en fin, este es el tal Rodríguez...»

El exterior del Palacio tiene forma definitiva en este año. Resuelta desde el anterior la decoración de las fachadas con columnas adosadas en los centros y pilastas, se trata ahora de los huecos, de ultimar la ornamentación de los frontones, de la cubrición, con bóvedas, de los dos «cuvillos» laterales y, en fin, del enlucido de todo el conjunto externo.

Respecto a los huecos no se menciona cosa alguna referente a jambas y dinteles; estarían, claro está, terminados como los muros. Se discute el problema de los balcones del piso principal y de los antepechos en el segundo. Guilbert había dejado puestas algunas rejas en la planta baja y algunos balcones de hierro en la noble de la fachada de «la plazuela». Pero al proyectar Ventura Rodríguez balcones de piedra con destino a la fachada del jardín, acaba por decidirse la sustitución de los de hierro en la principal;

las fachadas laterales no las necesitaban por quedar a nivel del jardín alto. Estos balcones son los que subsisten todavía.

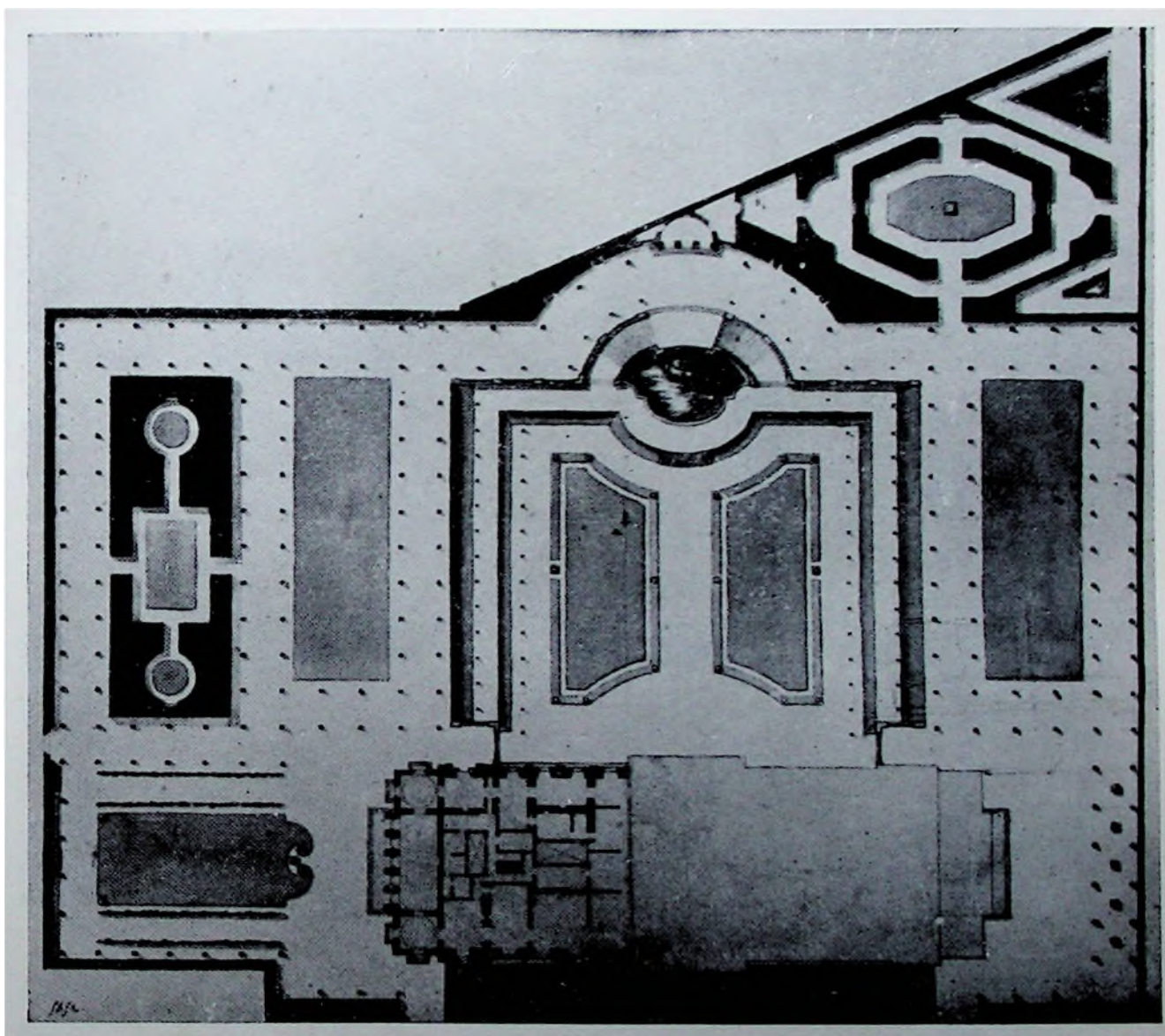
El Duque de Berwick no quería que se colocaran antepechos en los huecos del segundo piso. Pero por existir una acusada diferencia de altura entre los pisos del lado del Seminario (proyectados por Guilbert) y los del lado del cuartel (por Ventura Rodríguez) resultaban necesarios, «para la seguridad de los que se asomen», en la última parte construida. La razón de esto queda explicada en carta del 12 de abril; en mayo 17 dice: «Hermano y querido mío: quedo enterado y se harán los antepechos del cuarto segundo de hierro, como te los he propuesto y se embutirán junto a los marcos de las ventanas sin que vuelen y no tendrán más que la precisa altura»; en otro lugar se puntualiza que se aprovecharán de la obra antigua.

En cuanto a los frontones, entiéndase cuerpos áticos del centro de las fachadas, consta el envío por el Duque de unos diseños hechos en París con la decoración de los mismos. Para ahorrar, el Marqués propone que se decore sólo el de la fachada principal y que se simplifique «el adorno de el dibujo a el reedor de las armas y que solo se dejen éstas y a los lados las cifras... y dime si ha sido olvido el no poner los soportes en las armas y así mismo el poner el toisón y no el San Genaro». No dejó de decorarse el ático del jardín, pero se aligeraron los detalles siguiéndose normas de Ventura Rodríguez.

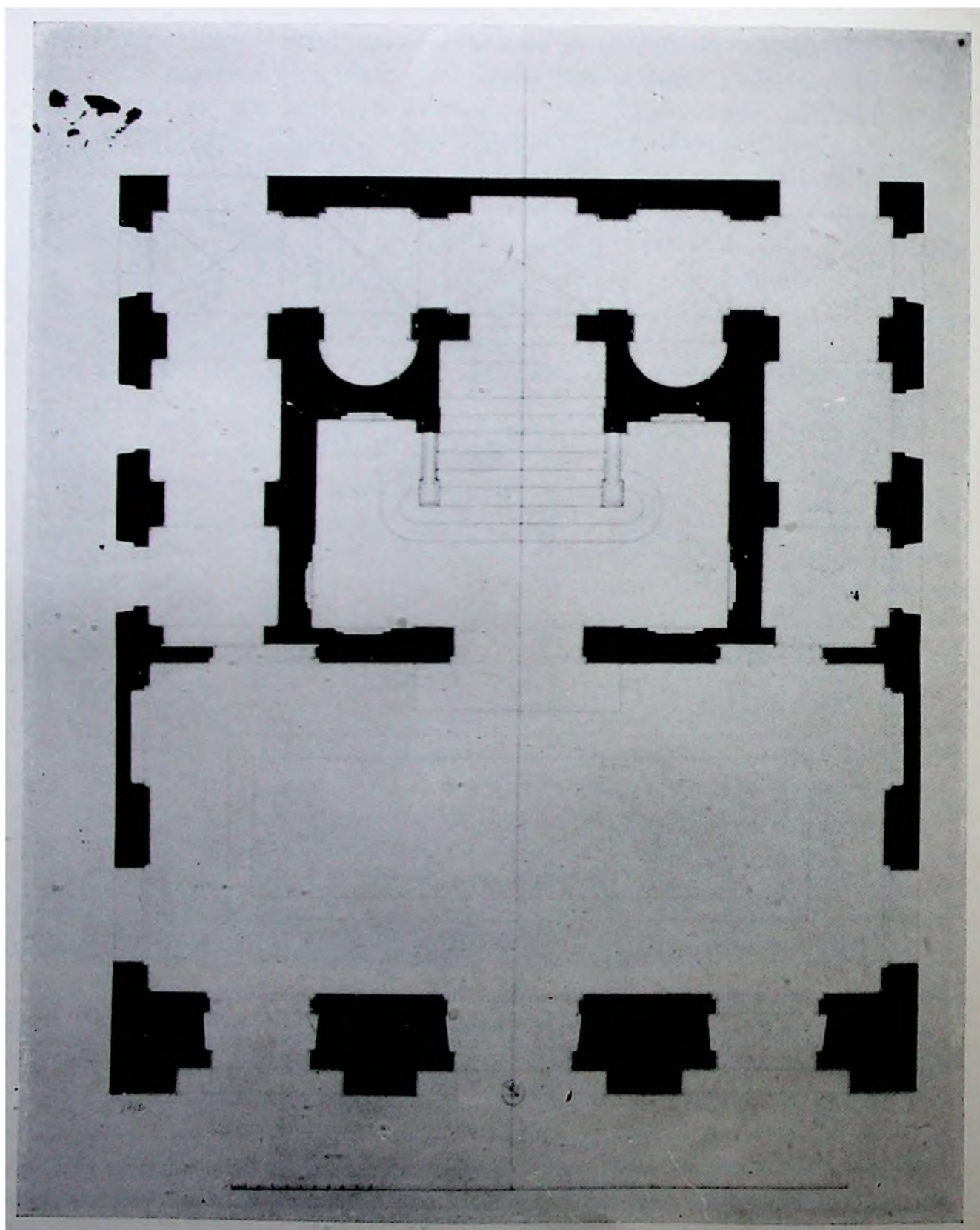
Aludimos, párrafos atrás, a la cubrición, con bóvedas, de los «cuvillos» laterales. Se llaman así a unos cuerpos salientes que destacan en los extremos de la fachada principal y sólo afectan a la planta baja. Resultaban necesarios para contener el terreno de los jardines altos de ambos lados. El Duque deseaba que estos jardines (que conducen a los de la fachada posterior) no tuvieran comunicación alguna con la «plaza». Pero esto no se considera obstáculo para que se cubran estos dos salientes, abovedándoles, ya que se ganaría espacio y la pérdida de luz sería mínima (ver cartas del 30 de agosto y 27 de setiembre).

Sobre el enlucido de las fachadas sólo podrá decirse que se prepara ahora la mezcla, que debe reposar largamente por consejo de don Ventura Rodríguez.

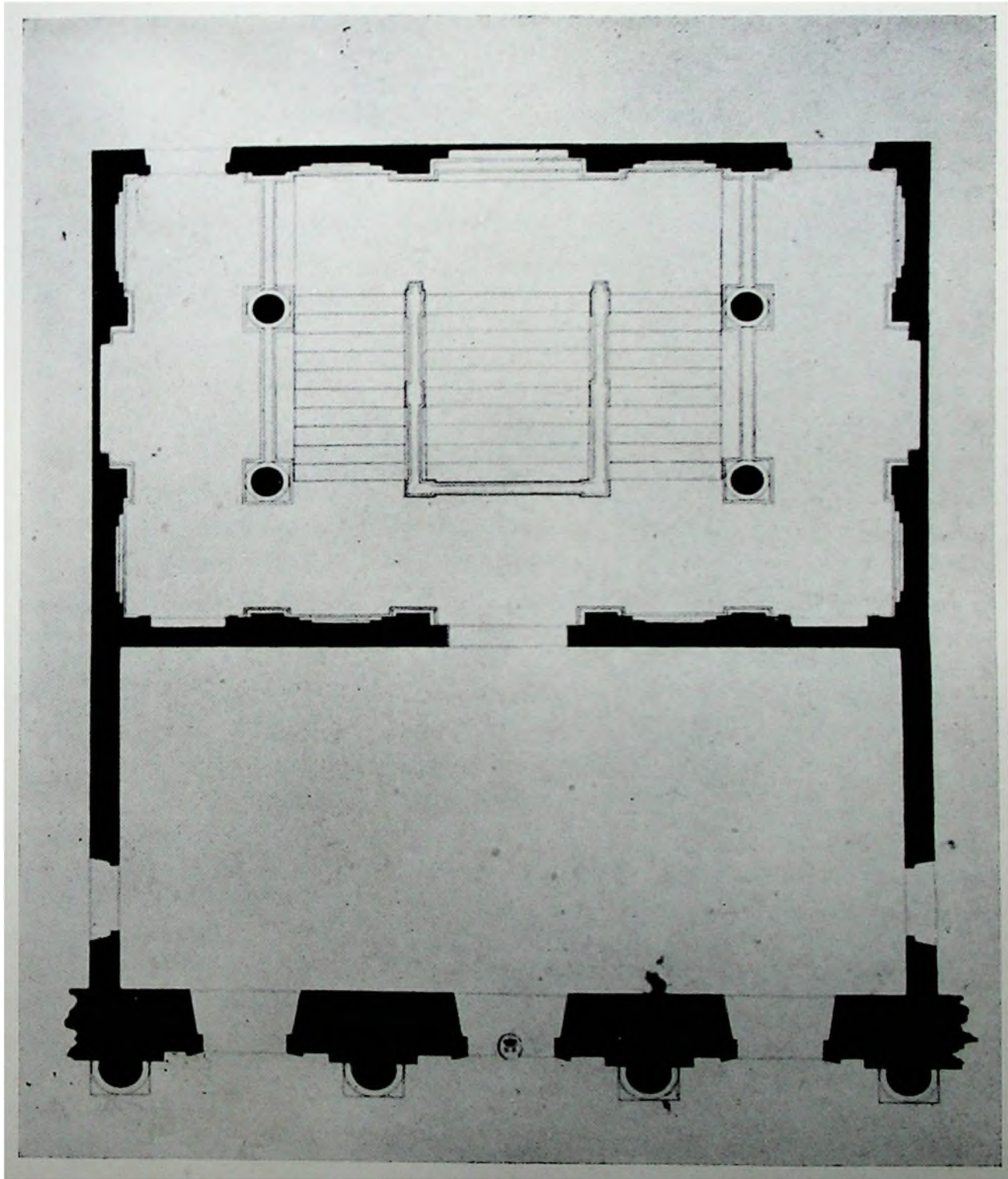
. Saliendo del edificio aludiremos de pasada a las referencias que se dan sobre remate de obras en la noria, lavadero y tapias del cuartel, y a los pocos avances que se registran en el jardín por hallarse todavía embarazado con los materiales de construcción. Porque el interés debe concentrarse en



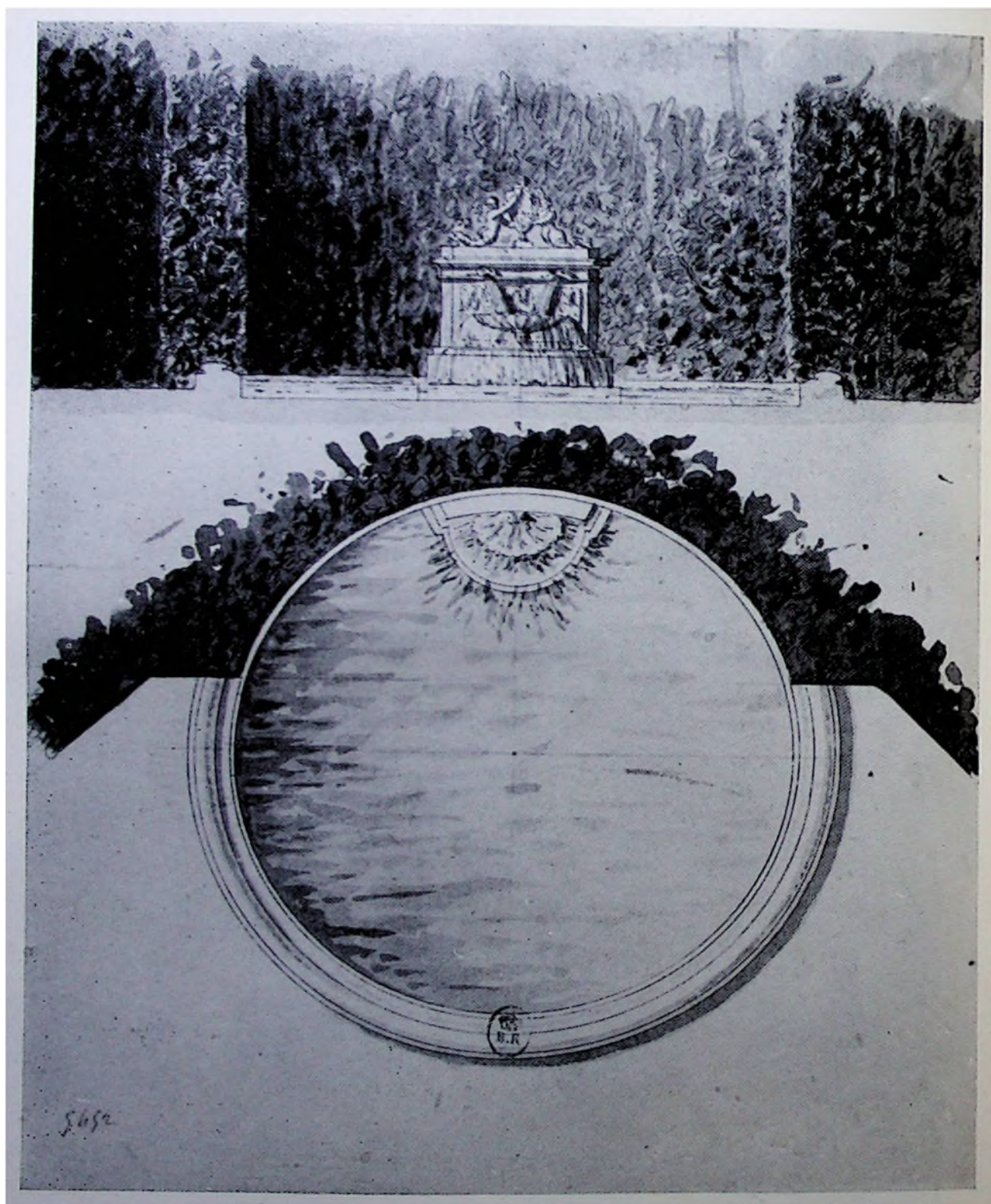
Palacio de Liria. Proyecto de los jardines y de una parte de la planta del edificio. Dibujo sobre papel hecho a tinta y aguadas de diversos colores. 460 × 365 mm. En la parte inferior izquierda el n.º 5.452. París: Biblioteca Nacional (V. 6 147, fol. 101). Foto facilitada por don Miguel Molina.



Palacio de Liria. Proyecto de la planta del zaguán y de la escalera. Dibujo sobre papel en tinta china. 317 x 394 mm. Al pie el n.º 5.452. París: Biblioteca Nacional (V. 6 147, folio 103). Foto facilitada por don Miguel Molina.



Palacio de Liria. Proyecto de la escalera principal. Dibujo sobre papel en tinta china. 317 x 394 mm. Al pie el n.º 5.452. París: Biblioteca Nacional (V. 6 147, fol. 105). Foto facilitada por don Miguel Molina.



Palacio de Liria. Proyecto de fuente para el jardín posterior. Dibujo sobre papel en tinta y aguadas de diversos colores. 231 x 277 mm. Al pie el n.º 5.452, París: Biblioteca Nacional (V. 6 147, fol. 99). Foto facilitada por don Miguel Molina.

el proyecto de la gran reja de entrada y en la creación de una gran plaza frente al palacio gracias al acuerdo realizado con la villa en el mes de marzo.

Al estar terminadas las tapias laterales de la plazuela, el Marqués insta a su hermano para que le mande los dibujos de las rejas. El 30 de agosto se recibe en Madrid el «plan de la plazuela y reja» que aparece bombeada, ya que don Pedro escribe: «No puedo menos de hacerte presente que si la reja quedase recta y no bombeada tendrían por fuera más libertad los coches para entrar por ella, no quedarían nichos para suciedades y tomar el sol para espulgarse los mendigos y costaría una tercera parte menos; ya habrás visto cómo la parte circular de la reja del lado de la casa que fue de don Manuel de Miranda (acabada de comprar por el Duque en el mes de marzo) llega hasta la misma calle de San Joaquín y que lo que hace de ancho esta calle es la corta distancia que queda entre dicha parte de reja bombeada y la tapia de Pío, lo que da por aquel lado una miserable entrada a tu casa y por la otra parte queda un pierna de calzón muy grande o plazuela de medio lado, nicho perjudicialísimo»... A pesar de todo, la reja acaba siendo de planta curva. A lo largo de muchas cartas se discute este problema, el de su altura, distancia entre los barrotes, cantidad de hierro que ha de llevar, pilares de piedra que deben reforzarla, etc. En diciembre se mencionan por primera vez las esfinges, como cosa sabida, que coronan los cuerpos de piedra en las entradas. Se piensa entonces en tres puertas, y no se olvide que la central pervivió hasta bien avanzado el siglo XIX, como puede verse en varios grabados de la época.

Todo cuanto se dice sobre la reja en este año concluye con el curioso contrato que firma el Marqués con unos «herrereros vizcaínos que habían hecho el asunto de el canapeé de el Prado de hierro» y del que habla detenidamente en carta del 27 de diciembre. Se llega a un acuerdo sin previa consulta a París y a pesar de las órdenes del Duque de que se dieran largas al asunto por la falta de dinero. Y esto en razón de que era preciso aprovechar la oportunidad única de no tener que entregar cantidad alguna hasta el remate del trabajo con el visto bueno de don Ventura. El plazo de ejecución lo fija don Pedro, adrede, muy largo (hasta junio de 1775), y el coste total, con las partes de piedra, se calcula en 120.000 reales.

De acuerdo con la villa mediante el cual puede el Duque de Berwick hacer una plaza frente a su palacio hay noticia no sólo a través de algunas referencias en las cartas del Marqués, sino sobre todo en la instancia dirigida en su nombre por el Apoderado General, don Mateo Mena, y que se conserva en el Archivo Municipal (S.1.-L.47-N.61).

Expone el Duque con fecha 10 de marzo «que se halla construyendo sus casas principales en las que fueron de don Pedro de Aragón al barrio de los Afligidos, entre el Cuartel de Reales Guardias de Corps, y el Real Colegio Seminario de Nobles; y para dar complemento a la idea del Duque, formando delante del edificio una plaza que le despeje y deje lucir en beneficio del ornato público, necesita el sitio correspondiente en el qual se halla la calle que se llamó en lo antiguo de San Joachin y Sta. Ana y el vulgo llama hoy de San Dimas, que sigue a la que baja por el costado del Cuartel de Reales Guardias de Corps, entre casas propias del Duque y vuelve haciendo recodo a salir a la calle de San Bernardino entre sus casas y la de don Manuel de Miranda y Testa, la cual calle es propia de Madrid con 11.940 pies superficiales y no hace falta alguna al público»... «en esta atención y en la de que... deja el Duque a beneficio del público y ensanche de las calles de San Bernardino y de las Negras 11.981 pies de sitio de las calles accesorias suias propias que ha de demoler, a haver recogido y alcantarillado las aguas del campo que incomodaban al público en las calles de San Bernardino y al mejor uso y suavidad que dejaría a esta calle terraplenando el raso y minorando la cuesta con que actualmente se halla, todo a costa del Duque y en beneficio de la policia y causa pública, Suplica... se sirva concederle la propiedad de los expresados 11.940 pies... y las licencias necesarias para levantar las paredes y demás fábrica conducentes al resguardo de las casas del Duque...» Al margen, entre varios informes favorables, figura el de don Ventura Rodríguez. Además acompaña una certificación fechada el 24 de mayo en la que se da cuenta del acuerdo favorable.

La crónica de 1773 podría terminar con un informe de tipo económico. Pero el más completo, contenido en la carta del 27 de diciembre, resulta tan farragoso que no debe incluirse aquí. El Marqués multiplica las razones para justificar los crecidísimos gastos e insiste en la necesidad de que se aumenten las asignaciones generales, valuadas por semanas, para que los trabajos avancen. Termina calculando que serán precisos tal vez dos millones de reales para que la obra pueda estar concluida en tres años.

Un dato importante contiene la carta precitada. El de que el 17 de enero de 1774 comienza la semana 187 de la obra. Así puede calcularse que hacia mayo de 1769 comenzaría a llevarse una contabilidad ordenada de la misma. Recuérdese, sin embargo, que en el desaparecido archivo administrativo del Palacio existían relaciones semanales de gastos desde 1762. Puede suponerse que el ritmo lento de los trabajos durante los siete primeros años justificaría la falta de una verdadera ordenación de cuentas.

Después del empuje que recibió la construcción en años anteriores llegamos en éste al momento en que el Palacio de Liria empieza a despertar el interés y la admiración de las gentes. Y al mismo tiempo, como contraste, surgen una serie de problemas económicos que frenan el ritmo de los trabajos y abren cauce a la murmuración. La penuria de dinero hace, en fin, que este año, que hubiera podido ser decisivo, refleje tan sólo la relajación del esfuerzo que se venía realizando.

Los primeros meses se caracterizan por el afán de tener mucho hecho para el Domingo de Ramos, en que ha de visitar las obras Grimaldi. El Marqués desea tener para entonces «quitados todos los andamios, revocadas las cuatro fachadas, emplomada toda la cornisa, puestos y acabados los dos frontones y la linterna y sentados todos los cercos de ventanas exteriores e interiores y todos los de las puertas del cuarto principal y segundo; limpios todos los cuartos de broza, enlosada la cocina, repostería y patinillos y empedrados los bovedones del jardín, acabado el talud del jardín o taluces, rebajado el bajo hasta donde deba rebajarse y plantado así éste como el alto, acabada la noria y rebajada la mayor parte de la plazuela, acabados de hacer los cimientos de la reja y nivelada y levantada la calle de San Joaquín como debe quedar». Pasó el tiempo y cuando llegó la Semana Santa mucho de esto estaba todavía sin acabar. Grimaldi visitó el Palacio el 30 de marzo y al menos lo vio sin andamios, con la linterna puesta, limpios todos los cuartos y plantado el jardín. Hizo muchos elogios de la obra y propuso cambios en algunos pormenores; sólo prevaleció el consejo de que se construyeran «dos escaleritas, una a cada lado de los bovedones, para la facilidad de la comunicación del jardín bajo con el alto»; la utilidad de estas escaleras resulta hoy evidente.

El revoco de las fachadas se estaba haciendo en marzo. Y aunque se comenzó sin que mediara autorización del Duque ni del Marqués, don Pedro lo alaba con estas palabras: «Lo cierto es que no es colorado, sino color de rosa seca y que parece muy bien porque como lleva un baño encima que le da lustre parece cada tramo de una pieza y a Grimaldi le ha gustado mucho y no creas que se parecen en nada a la pintura que comúnmente dan a las casas en Madrid.»

El 25 de abril, lamentándose el Marqués de la falta de dinero, dice: «Lo cierto es que la obra está en unos términos que es un dolor no se pueda en este verano dar un empujón que la pondría en un estado de lucimiento increíble; es mucha la gente que viene a verla y a pasearse en el jardín,

todos la admiran... y como ven ahora (que es el buen tiempo) tan poca gente preguntan todos el por qué y se lastiman...» Frases semejantes se repiten en varias cartas, pero algunas van matizadas por un sentimiento de amargura, como en la siguiente postdata del 14 de noviembre: «Decirte las impertinentes preguntas que continuamente me están haciendo sobre cuándo vienes a España y cuándo se acaba la obra de tu casa, sería cansarte como yo lo estoy de oír semejantes malignos propósitos y así solo te digo que tengo buenas ganas de acabar la obra...»

En este año don Ventura Rodríguez dibuja el proyecto de unas galerías ideadas por el Duque de Alba para decorar los muros de contención del jardín alto y que ampliarían, visualmente, el cuerpo bajo de la fachada. La noticia resulta muy interesante porque nos lleva a pensar en el proyecto de un palacio para el Duque de Alba, que se ha confundido con el de Liria, y en donde existen dichas galerías (lám. X). Por desgracia no había dinero para esto y la cosa quedó sólo en proyecto.

El recuerdo de esta galería debe aprovecharse para decir que el Duque de Alba siguió de cerca la marcha de las obras y en las cartas hay noticias de sus visitas a las mismas. Téngase en cuenta que él se había encargado el año anterior de facilitar las armas (suponemos que serían los dibujos de ellas) de su familia que irían al lado de las de Berwick en el ático, aunque el Marqués, en su carta del 23 de agosto de aquel año, estaba quejoso porque no acababa de facilitárselas.

Para terminar de hacer el recuento de las obras realizadas en el Palacio en 1774, bastará con aludir al emplomado de la cornisa y, dentro del edificio, al enjarrado de techos y tabiques, a la ejecución de las chimeneas en Francia (aunque al año siguiente se decide encargarlas a Italia), a las planchas de hierro con las cifras del Duque que irán en el fondo de ella y a la preparación de un proyecto, por un decorador de una habitación.

En el jardín se plantan tilos y álamos y en lugar de las galerías aconsejadas por el Duque de Alba se decide contener la tierra del jardín alto con unos machones entre los que se tienden arcos y que se apoyan en cimientos de 22 pies de profundidad. La obra de la reja sigue adelante tras el favorable contrato ratificado el 10 de enero.

1775

Dos problemas son motivo constante de preocupación para el Marqués durante este año. La falta de dinero y la construcción de la nueva escalera. Prescindiendo de ambos sólo quedan minucias que valen sobre todo para

demostrar que la conclusión del Palacio de Liria depende sólo de una serie de remates de poca monta y de labores de decoración. La lentitud con que se llevan en los años que siguen estos trabajos demuestran que el Duque de Berwick no tenía demasiada prisa por volver a Madrid y habitar su flamante casa.

Los apuros económicos son tan constantes que ni siquiera se pueden sintetizar aquí. El dinero que vendría de Indias con rentas de tres años adelantados constituye, cuando comienza el año, el más firme puntal de todas las esperanzas. Pero al fin llegan los «Azogues» y no traen lo que se esperaba: llegan 36.925 pesos fuertes que parecen al Marqués cantidad exigua por cuanto, pensamos nosotros, habría de servir para otras muchas atenciones aparte de las obras. Antes se había recurrido, al parecer, a un crédito que proporciona 750.000 reales. Con todo esto y sin entrar en otros detalles concluiremos afirmando que aunque los trabajos no llegaron a interrumpirse, pese a los temores de don Pedro, se desarrollaron a ritmo lento ajustándose a un presupuesto semanal de 6.000 reales.

Al empezar el año el Palacio está con la escalera antigua y el Marqués incita continuamente a su hermano a que se haga una nueva, pues a todos los que han venido a ver la obra (entre ellos Grimaldi) les parece impropia. Mas al llegar al punto en que se decide la construcción se renuevan los choques entre don Ventura y el Duque de Berwick. Este quiere que se haga el proyecto elaborado en París, mientras nuestro arquitecto se resiste por juzgarlo poco firme, costoso y difícilmente practicable por la serie de inexactitudes que contiene en cuanto a medidas. De todas formas Rodríguez trata de hacer realizable este proyecto ajustando sus proporciones y dando puntos de apoyo a los dos tiros del segundo tramo que quedan volados. Hay dos cartas correlativas del Marqués, las del 13 y 20 de marzo, con muchísimos detalles sobre todos estos extremos. Para defender la postura de Ventura Rodríguez aduce las opiniones, a él favorables, de Grimaldi y el Duque de Alba.

Al terminar el año la escalera debe estar casi terminada y aunque lo que se dice hasta este momento sobre ella resulta en muchos aspectos confuso, puede deducirse que se levanta de acuerdo con el criterio defendido por nuestro arquitecto.

1776

Aparte de la escalera en este año debió quedar concluido el enjarrado (enlucido) de las habitaciones, que acaban blanqueándose pese a que muchas

irán tapizadas. Con este motivo el Marqués hace notar que la tapicería podría quitarse en el verano colocándose en su lugar cuadros sobre las paredes blanqueadas (28 de agosto).

El enlosado no queda concluido este año aunque ahora, después de las dudas y acuerdos anteriores, se adelanta mucho haciéndose con baldosa que hay que suponer de tipo toledano, pero fabricada en Madrid.

Tres chimeneas se encargan a Génova para que puedan hacerse en mármol de Italia, sin las vetas grises del de España, y para que el transporte se pueda realizar con mayor garantía que desde Francia.

Se terminan las tapias que delimitaban la plazuela y también el tramo que quedaba por hacer separando la callejuela del cuartel.

La verja del jardín y los seis machones coronados con las esfinges que flanquean las tres puertas se acaban en la fecha prevista, es decir, en junio.

Un contratiempo que durante todo el año origina gastos y quita mano de obra es el hundimiento de la noria.

No detallaremos las discusiones que giran en torno a un posible traslado de las cocinas y de la contaduría (nada de esto se realiza) y a la instalación de las cocheras y caballerizas en lugares diversos. Al fin acaban colocándose en una parte de la casa que fue de don Manuel de Miranda y que tuvo ya anteriormente este uso.

A partir de este año las obras del Palacio de Liria se continúan lánguidamente. En las cartas del Marqués otros asuntos, a veces llenos de interés desde el punto de vista histórico, van ocupando un plano principal. Las consignaciones empiezan a reducirse y así de los 6.000 reales semanales que alcanzaban a muy poco el año anterior pasamos a 3.000.

La escalera se acaba en el primer trimestre y después de esto sólo se registran en el interior del palacio trabajos de enlosado, de decoración con escayola en los techos de algunas salas, de colocación de herrajes, cristales, etcétera. Por cierto que en una referencia a los pavimentos se menciona el oratorio, pieza que no debía tener hasta este momento mucha importancia por cuanto no se cita; en carta de diciembre dice, entre otras cosas, que «falta acabar el oratorio».

La carta del 16 de diciembre revela que el segundo y tercer pisos «están de el todo acabados». En el principal hay que pintar las puertas y ventanas y poner los vidrios y en el bajo falta algo del blanqueo y solado, también la pintura de puertas y ventanas y colocación de vidrios y hacer las rejas de las ventanas que dan al jardín.

Durante todo el año y sin acabar de resolver se discute la colocación de la cocina y dependencias anejas. El Marqués insiste en que queden en edificios aparte y entre los ejemplos que aduce figura la nueva casa de Alba.

El jardín avanza muy poco por la falta de recursos.

1777

Puede afirmarse que a lo largo de este año se van concluyendo sin prisa las tareas que quedaban pendientes del anterior: pintura, colocación de cristales, solado y fijación de rejas. En algunas cartas hay referencias a unas mesas hechas con mármoles que deben venir de Italia y de las que carecemos hoy de toda noticia. Llegan por fin las chimeneas.

Incidentalmente recordaremos que por muerte de don Joaquín Diego López de Zúñiga, XII Conde de Lemos, sin sucesión el Duque de Berwick ve de pronto incrementados sus estados. Y esta herencia, así como el estado en que se encuentra el Palacio, aumenta las críticas de su prolongadísima ausencia de España.

Las cartas del mes de diciembre son ya muy ricas en datos sobre tapicerías, muebles y otros detalles que afectan esencialmente a la decoración y por los que hemos de pasar, desde ahora, por alto.

1778

En pocas palabras se dirá que durante este año surgen de cuando en cuando referencias a la obra. Pero están de tal manera espaciadas y afectan tan poco a la estructura del edificio que su recuento parece casi innecesario. De todas formas resulta curioso anotar que en carta del 27 de abril habla el Marqués de que se pongan rejas «en las diez y seis ventanas que salen al jardín y bovedones desde el cuarto principal» en las fachadas laterales y extremos de las principales. Mas esto, como es sabido, no se llegó a hacer.

Terminando el año, el 26 de octubre, aún no estaba sin embargo totalmente concluida la obra en lo tocante a albañilería y desmontes, pero el Marqués cree que se acabará en las semanas próximas. No así otros detalles pues dice: «Las fuentes, medias cañas, frisos, chimeneas, mesas y sillas temo que se lleven todo el año que viene.»

1779-1783

Desde que comienza este año hasta el 12 de mayo de 1783 (en que don Pedro escribe la última carta conservada por la que sabemos está a punto de llegar el Duque a España) las noticias sobre el Palacio casi siempre son en extremo breves y se relacionan más que nada con cuestiones de adornos interiores, muebles, etc., salvo algún defecto de la obra de Guilbert que se descubre en 1780. Por todo ello la crónica puede quedar terminada en este punto.

Epílogo

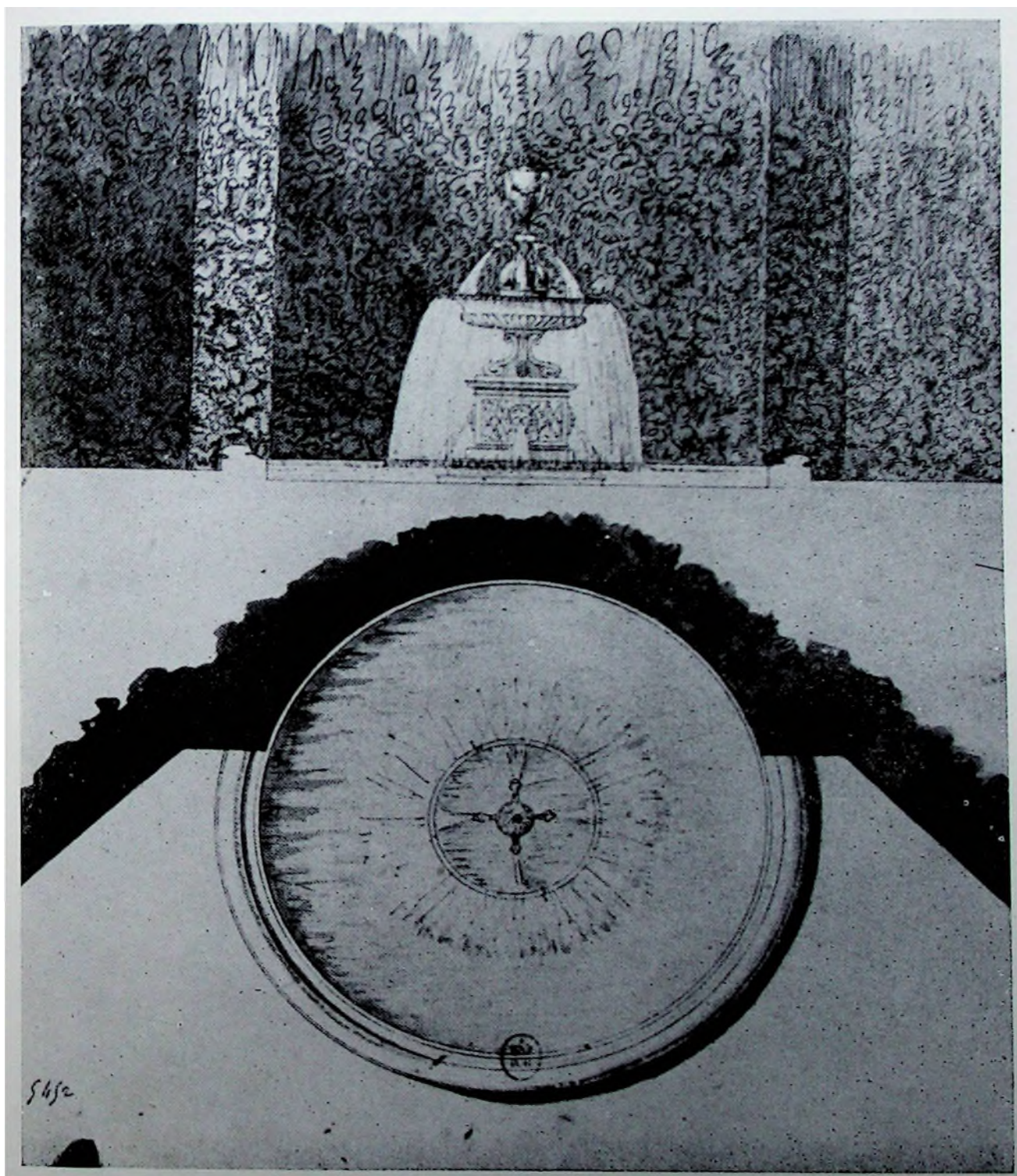
Se imprime este trabajo tres lustros después del hallazgo de las cartas del Marqués de San Leonardo y cuando hacía casi doce años que estaba escrito. Durante este tiempo se aludió a la correspondencia en algunos artículos. Mi amigo y compañero, don José Cepeda Adán, miembro del Instituto de Estudios Madrileños, utilizó en diversas ocasiones los textos para ilustrar facetas de la época de Carlos III vistas de un modo palpitante por un testigo de excepción²⁶. Yo mismo aludí a las cartas en una conferencia que formó parte de un ciclo organizado por el Ayuntamiento de Madrid en 1961 para conmemorar el segundo centenario de la entrada de Carlos III en la Corte²⁷. En 1965 y en una visión panorámica sobre las colecciones artísticas de la Casa de Alba, incluí un breve párrafo sobre el edificio²⁸. En fecha mucho más reciente, setiembre de 1971, resumí, en apretadísimas páginas, algunos datos sobre la construcción del palacio como contribución a los coloquios sobre neoclasicismo celebrados en Londres, en el Warburg y Courtauld Institute, por el Comité Internacional de Historia del Arte²⁹.

²⁶ *El Madrid de Carlos III en las cartas del Marqués de San Leonardo*, «Anales del Instituto de Estudios Madrileños», tomo I, págs. 219-230. *La política americana vista por un cortesano de Carlos III*, «Anuario de Estudios Americanos», tomo XXI, Sevilla, 1964. *Sociedad, vida y política en la época de Carlos III*, «Aula de Cultura», Ayuntamiento de Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 13, 1966. *Un enfermo en el siglo XVIII: D. Pedro Stuart, Marqués de San Leonardo*. Actas del Congreso de H.^a de la Medicina, Granada, 1973. En prensa.

²⁷ Ver *art. cit.*, en la nota 20, en último lugar.

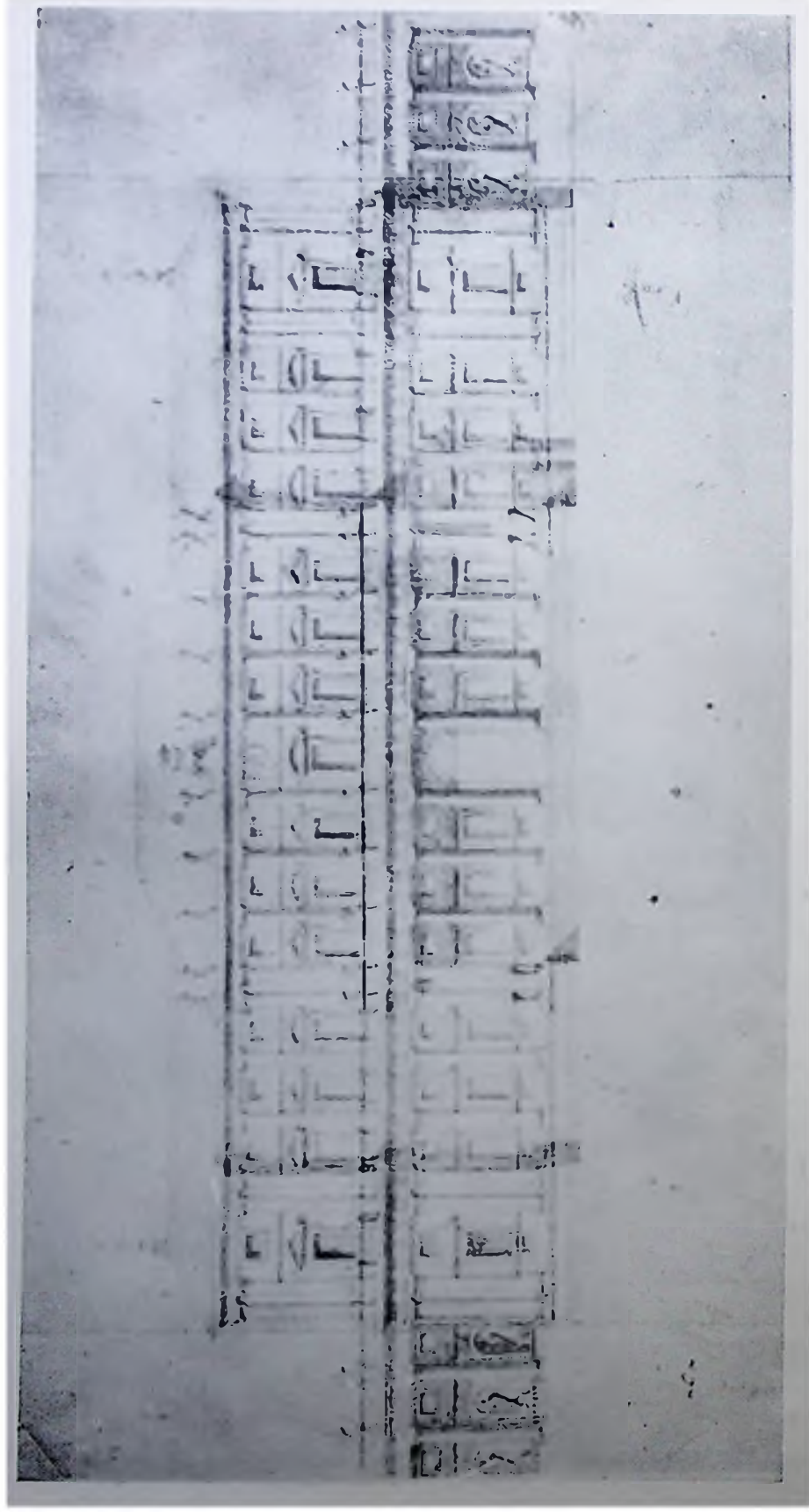
²⁸ *The Dukes of Alba*, págs. 267-288 de la obra «Great Family Collections», London Weindenfeld and Nicolson, 1965.

²⁹ *La construcción del palacio del III Duque de Berwick y de Liria en Madrid*, «Neoclasicismo», Atti del convegno internazionale promosso dal Comité International d'Histoire de l'Art. Londra, settembre 1971. A cura dell'Istituto di Storia dell'Arte della



Palacio de Liria. Proyecto de fuente para el jardín posterior. Dibujo sobre papel en tinta y aguada de diversos colores. 203 x 255 mm. Al pie el n.º 5.452. Paris: Biblioteca Nacional (V. 6 147, fol. 97). Foto facilitada por don Miguel Molina.

LÁMINA X



ue de Alba por Ventura Rodriguez. Considerado erróneamente como Palacio de Liria, calizado probablemente entre los trabajos hechos para el XII Duque, don Fernando hacen referencia las cartas del Marqués de San Leonardo. Dibujo sobre papel a tinta aguada. Madrid: Biblioteca Nacional. Foto Moreno.

Pese a todo seguía inédita la crónica extensa de la construcción del Palacio de Liria. ¿Por qué? No debo ocultar el propósito que tenían los Duques de Alba de iniciar una serie de publicaciones, ambiciosas desde el punto de vista editorial, donde se estudiase el acervo histórico-artístico de la Casa. Estos documentos podrían darse a conocer dentro de un volumen; pero diversa: circunstancias fueron aplazando la iniciación de la proyectada serie. En los primeros días de junio de 1972 el Duque, miembro del Instituto de Estudios Madrileños, se sintió muy complacido ante la posibilidad de que el trabajo apareciera en estos «Anales». Desgraciadamente tres meses después fallecía víctima de una penosa enfermedad; con su muerte podría cerrarse un capítulo de la historia del Palacio de Liria: el de su reconstrucción.

Don Luis Martínez de Irujo y Artazcoz, al casarse en 1947 con doña Cayetana Stuart y Silva, heredera de los títulos de las casas de Berwick, Alba e Híjar, iba a jugar al lado de su esposa un importantísimo papel en la tarea restauradora. Los Duques de Montoro (utilizaron este título, tras la boda, durante seis años) fueron, al principio, el más decisivo estímulo para que el padre de doña Cayetana, don Jacobo Fitz James Stuart, se decidiera a reconstruir el Palacio de Liria. Ambos pusieron el mayor entusiasmo en las obras, acrecentando tras la muerte, en 1953, del XVII Duque de Alba. El apasionado interés por cuidar todos los detalles hizo que el acto inaugural de 1956 marcara sólo un punto de reposo de una tarea ardua. Casi sin pausa, desde entonces hasta ahora, se mejoró la decoración de numerosas estancias. Fueron remodelados el zaguán, la escalera principal y el vestíbulo de la planta noble, enriqueciéndose los techos con pinturas. Se tapizaron los muros de diversos salones, añadiéndose a los cuadros y muebles otros valiosos de nueva adquisición. Así quedaron generosamente suplidas las pérdidas habidas en el bombardeo de 1936.

No cabe aquí el recuerdo minucioso de cuanto se hizo en favor del Palacio de Liria (no hablemos de lo mucho realizado en otros edificios de la Casa) por los Duques de Alba a lo largo de veinticinco años de matrimonio. Sólo insistimos en que la triste fecha de setiembre de 1972 tal vez marque el final de una fecunda etapa de la azarosa historia de las colecciones artísticas de

Università degli Studi di Genova, págs. 93-111. Es importante transcribir un párrafo de la nota 3: «Al presentar mi comunicación en Londres, el 9 de setiembre de 1971, la Srta. Monique Mosser me comunicó que en una relación de obras del arquitecto francés Antoine figuran los planos de construcción del palacio del Duque de Berwick, así como las obras de decoración y muebles. Los documentos que damos a conocer aquí demuestran que el edificio no se hizo según dichos planos, pero no puede ignorarse la intervención de éste y tal vez de otros maestros que asesoraron al Duque desde París.»

la Casa de Alba. Pero el expresar con melancolía esta creencia no impide, por fortuna, concluir este epílogo con una perspectiva optimista del futuro. Ante el porvenir se abre un nuevo capítulo. Porque la XVIII Duquesa de Alba, doña Cayetana Stuart, y sus hijos, pueden celebrar la memoria del Duque que acaba de desaparecer. A ellos les toca realizar ilusionados proyectos nacidos como fruto de un compenetrado amor por lo que fue y será el Palacio de Liria.